

Primera parte

EL CREADOR Y SU OBRA

Capítulo primero

EL CREADOR

- 1) Según una traducción directa del hebreo, Moisés escribió esto:
“En el principio creó Dios el cielo y la tierra.” (Génesis 1:1), (64/1).
- 2) En hebreo, la palabra traducida por “Dios”, en este texto, es “Elohim”; se trata de un plural de intensidad con valor de singular (como lo indica el verbo gramatical “creó”, que está en singular), por esto se traduce “Dios” en singular.(109/tomo I, p. 47).
- 3) La Septuaginta dice literalmente:
“En el principio creó el Dios el cielo y la tierra.” (Génesis 1:1), (3/1).
- 4) Por su parte, el evangelio de Juan, situándose en el mismo comienzo de todas las cosas, como Génesis 1:1, dice:
“En el principio existía el Logos, y el Logos estaba con el Dios, y Dios era el Logos.” (Juan 1:1), (2/320).
- 5) Vemos que, en este texto, se habla de dos personas: una llamada “**el Dios**”, y otra llamada “**el Logos**”.
- 6) Por tanto, ¿cuál fue el papel de cada una, de esas dos personas, en la obra de la Creación de todas las cosas?:
 - a) En la Gramática, entre las diferentes clases de sujetos gramaticales, está el sujeto “**Causativo**, cuando sea la causa de que otro ejecute la acción: [...]” (65/179).
 - b) Pongamos un ejemplo histórico: se suele decir: “Felipe II construyó El Escorial”; pero Felipe II no hizo los muros, ni colocó las ventanas, etc. con sus propias manos en el edificio de El Escorial; pero él sí fue el causante (“el sujeto causativo”) de que El Escorial exista; porque, por su voluntad, fue construido; pero lo construyeron los arquitectos, los albañiles, etc.
- 7) Por consiguiente, como contestación a la pregunta que hacemos en el punto anterior (6), vemos que la persona llamada “el Dios” aparece como el causante (“el sujeto causativo”) de la obra de la Creación; porque, como Felipe II construyó El Escorial por su voluntad, “el Dios” (de Juan 1:1) creó todas las cosas por su voluntad; así está dicho:
“Digno eres, el Señor y el Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú creaste todas las cosas y por tu voluntad existen y fueron creadas.” (Apocalipsis 4:11), (2/847).
- 8) Igualmente, en Efesios 3:9 y en el libro de Hebreos, aparece “el Dios” como el Creador de todas las cosas, las cuales después heredará su Hijo Jesús (como también está dicho en Gálatas 3:16, 29), que fue su portavoz ante los apóstoles:
“El Dios, habiendo hablado antiguamente muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos postreros días, nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por causa de quien hizo los mundos.” (Hebreos 1:1-2). (6/461).
- 9) Entonces, ¿qué papel desempeñó la persona llamada “el Logos” en Juan 1:1?:
 - a) La Gramática aludida más arriba, se refiere así al sujeto “**Agente**, cuando ejecute la acción del verbo” (gramatical). (Ib.).
 - b) Precisamente esto es lo que explica el apóstol Juan, que dice claramente que la persona llamada “el Logos” es quien fue “el agente ejecutor” de la obra de la creación de todas las cosas; así lo afirma Juan:
“En el principio existía el Logos y el Logos estaba con el Dios y Dios era el Logos. Éste estaba en el principio con el Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y, sin él, ni siquiera una cosa hecha llegó a existir.” (Juan 1:1-3), (2/320).
- 10) El apóstol Pablo, refiriéndose a Cristo en su naturaleza prehumana, antes de su encarnación, dice igual que Juan:
“[...], porque por él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, sea tronos, sea dominaciones, sea principados, sea potestades; todas las cosas fueron creadas por él y para él, y él es antes de todas las cosas y todas las cosas subsisten por él.” (Colosenses 1:16-17), (2/694).
- 11) Por tanto, vemos que la persona llamada “el Dios” es “el sujeto causante” de la obra de la creación; mientras que la persona llamada “el Logos” es “el sujeto agente” de esa misma obra; por esto, según vemos en Juan 1:3 y Colosenses 1:16-17, el Logos es considerado el Creador de todas las cosas, el que en realidad las hizo, el que las originó, el “arjé” (Apocalipsis 3:14).
- 12) Ahora podemos preguntarnos: ¿de dónde sacaron esa información Moisés, Juan y Pablo, para situar a un Creador en el origen de todas las cosas?:

a) Por lo que se refiere a Moisés, éste obtuvo esa información de boca del mismo Creador; he aquí el relato:

“Dijo Yavé a Moisés: ‘Sube a mí hacia el monte y estate allí. Te daré unas tablas de piedra, la ley y los mandamientos que he escrito para su instrucción’. [...] Subió Moisés a la montaña, y la nube la cubrió. La gloria de Yavé estaba sobre el monte Sinaí y la nube lo cubrió durante seis días. Al séptimo llamó Yavé a Moisés de en medio de la nube. La gloria de Yavé parecía a los hijos de Israel como un fuego devorador sobre la cumbre de la montaña. Moisés penetró dentro de la nube, y subió a la montaña, quedando allí cuarenta días y cuarenta noches.” Éxodo 24:12-18).

“Cuando hubo acabado Yavé de hablar a Moisés en la montaña del Sinaí, le dio las dos tablas del testimonio, tablas de piedra, escritas por el dedo de Dios.” (Éxodo 31:18).

“Volvióse Moisés y bajó de la montaña, llevando en sus manos las dos tablas del testimonio, que estaban escritas de ambos lados, por una y otra cara. Eran obra de Dios, lo mismo que la escritura grabada sobre las tablas.” (Éxodo 32:15-16).

[...], y seguían con sus ojos a Moisés, hasta que éste entraba en la tienda. Una vez que entraba en ella Moisés, bajaba la columna de nube, y se paraba a la entrada de la tienda, y Yavé hablaba con Moisés. Todo el pueblo, al ver la columna de nube parada ante la entrada de la tienda, se alzaba, y se prosternaba a la entrada de sus tiendas. Yavé hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre a su amigo.” (Éxodo 33:9-11).

“Y acabado que hubo Moisés de escribir en un libro las palabras de esta Ley, hasta terminarla, mandó a los levitas que llevaban el arca de la alianza de Yavé, diciendo: ‘Tomad este libro de la Ley y ponedlo al lado del arca de la alianza de Yavé, nuestro Dios, que esté allí como testimonio contra ti; [...]’.” (Deuteronomio 31:24-26), (3/346).

*) Vemos que Moisés, en el libro de la Ley, que es el Pentateuco, comienza con el relato de la creación, y toda la información que hay en la Ley la obtuvo Moisés hablando directamente con Yavé; porque “Yavé hablaba a Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo”. Además, Yavé dio, a Moisés, los diez mandamientos del Decálogo, que se llaman el “testimonio”.

*) Ahora bien, Yavé, además de dar, a Moisés, toda la información que hay en el Decálogo (escrito por Yavé mismo) y en la Ley (el Pentateuco escrito por Moisés), también acompañó siempre, de día y de noche, por el desierto a Moisés y al pueblo de Israel:

“Iba Yavé delante de ellos, de día, en columna de nube, para guiarlos en su camino, y de noche, en columna de fuego, para alumbrarlos y que pudiesen así marchar lo mismo de día que de noche. La columna de nube no se apartó del pueblo de día, ni de noche la de fuego.” (Éxodo 13:21-22).

*) Pero ¿quién era el Yavé, que iba delante de ellos en una columna de nube o de fuego? El apóstol Pablo lo explica así:

“No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, que todos atravesaron el mar y todos siguieron a Moisés bajo la nube y por el mar; que todos comieron el mismo pan espiritual y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo; [...]” (1 Corintios 10:1-4).

*) Por consiguiente, vemos que el Yavé, que hizo la creación, que hablaba con Moisés y que le dio toda la información que Moisés transmite en el Pentateuco, era el mismo Cristo en su naturaleza prehumana, antes de su encarnación.

b) Por lo que se refiere al apóstol Juan, él obtuvo la información sobre el Agente de la creación de boca del mismo personaje que Moisés; es decir, de Cristo en su naturaleza humana; o sea, cuando estuvo en la Tierra; así lo dice Juan, después de hablar del Logos-Dios creador, en Juan 1:3:

“Y el Logos se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.” (Juan 1:14), (2/321).

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocando al Logos de la vida [...], lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, [...]” (1Juan 1:1-3), (2/813).

c) Por lo que se refiere al apóstol Pablo, la enseñanza que transmite sobre el Agente de la creación, también la recibió del mismo Cristo; así lo afirma Pablo:

“Porque os hago saber, hermanos, que el evangelio por mí predicado no es de hombres, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo.” (Gálatas 1:11-12).

Capítulo II

LA OBRA DE LA CREACIÓN**A) La creación de la materia mineral.**

1) En el relato de la creación, según el Génesis, el Creador existe antes de toda clase de existencia de materia y de vida de todo tipo, a diferencia de otros textos más antiguos que el Génesis, en los que siempre la materia mineral es anterior a la aparición de los dioses, y lo mismo sucede en los relatos modernos sobre el origen del Universo sin ninguna intervención divina: siempre aparece con anterioridad la materia sin que ninguno de los autores de esos relatos sepa de dónde ha salido. En consecuencia, con relación al origen de todas las cosas, **hay dos creencias: una creencia** es la de los que creen que todas las cosas vinieron a la existencia por la acción de un Creador (que es la que exponemos aquí); y **otra creencia** es la de los que creen que todas las cosas vinieron a la existencia sin la intervención de ningún Creador (de esta creencia, tratamos en el **Apéndice 3**).

2) En el relato de la creación del universo y de la Tierra, el Creador crea, en primer lugar, la materia mineral:
 “Al principio creó Dios el cielo y la tierra” (Génesis 1:1), (64/1).

3) Ahora bien, ¿de dónde sacó, el Creador, la materia mineral que forma el universo incluida la Tierra? Cuando el Ejecutor de la obra de la creación (según Juan 1:1-3) estuvo en la Tierra, después de su encarnación, probó que la materia mineral aparecía, por su sola voluntad, a distancia y a plena luz del día; he aquí el relato en el cual Jesús manda al apóstol Pedro que vaya al mar a fin de conseguir una moneda de metal, para que pagara un impuesto por los dos:

“[...], vete al mar, echa el anzuelo y agarra el primer pez que pique, ábrele la boca, y en ella hallaras un estater; tómalo y dalo por mí y por ti.” (Mateo 17:27).

4) El estater era una moneda de plata equivalente a cuatro dragmas, unos 14 gramos, pues cada uno tenía que pagar dos dragmas de impuesto. Es evidente que un pez no va nadando y pica un anzuelo con un pedazo de metal en la boca, y que ese pedazo de metal sea exactamente una moneda de plata del valor justo del impuesto que tenían que pagar Jesús y Pedro. Por tanto, se trata de un milagro claro y rotundo, consistente en crear materia mineral, equivalente, salvo en la cantidad, a la creación del Universo. Con esta creación de materia mineral, Jesús mostró que él es el Creador, que crea lo que quiere, con la cantidad y la forma que él desea; porque la moneda en cuestión tenía la efigie del emperador (Mateo 22:19-21). Por consiguiente, la creación del Universo es un milagro, como la creación de esa moneda es otro milagro; dos milagros que no se puede explicar cómo fueron realizados; pues sólo se puede comprobar el resultado de esos dos milagros, que son el **Universo** y la **moneda**; ante estos dos resultados evidentes de esos dos milagros, sólo podemos hacer una de estas dos cosas: 1) aceptar que hay un Creador. 2) Negar la existencia de ese Creador; pero, en este caso, ¿cómo explicar de dónde han salido el Universo y la moneda?

5) La Biblia afirma que el Universo fue hecho por la palabra de Dios:

“Por la palabra de Yavé fueron hechos los cielos, y todo su ejército por el aliento de su boca.” (Salmos 33:6).

6) Ahora bien, eso sólo se puede aceptar por la fe:

“Por la fe conocemos que los mundos han sido dispuestos por la palabra de Dios, de suerte que de lo invisible ha tenido origen lo visible.” (Hebreos 11:3).

7) Y, con esa misma palabra, el Creador gobierna todo lo que ha creado:

“[...] el que con su poderosa palabra gobierna todas las cosas, [...]” (Hebreos 1:3). (2/747). (11/752).

8) Además, esa “poderosa palabra” tiene energía (ἐνέργεια, energueia) para controlar todas esas cosas:

“[...] por la energía del poder que tiene para someter a él todas las cosas.” (Filipenses 3:21). (2/689).

9) El relato del Génesis se centra luego en la Tierra, para decir cómo se hallaba en el momento que comenzó su existencia:

“La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, [...]” (Génesis 1:2).

10) El hecho de que la Tierra estuviera así, en el momentote de su creación, es el resultado de otro milagro del Creador, que quiso que la Tierra viniera a su existencia de esa manera; porque él la creó, no para que estuviera desierta mucho tiempo, sino que la creó para que estuviera habitada:

“[...] así dice el Eterno que creó los cielos: Él es Dios, que formó la tierra y la hizo, la estableció, y no la creó para ser desierta. La formó para ser habitada.” (Isaías 45:18). (64/715).

B) La creación de la vida y de los animales.

1) Según el Génesis, el mismo Creador de la materia mineral creó después la vida sobre la Tierra en el transcurso de la primera semana, en los días tercero al sexto (Génesis 1:9-31).

2) En los primeros días acondicionó la Tierra y, después, creó sobre ella infinidad de seres vivos de diferentes especies en la tierra y en el mar.

3) Por lo que se refiere a la creación del hombre y de la mujer, se explicará en el apartado siguiente cómo fueron creados. Tocante a los demás seres, es evidente que los creó sólo con su palabra, como se afirma en las Sagradas Escrituras; es decir, fueron creados milagrosamente:

“[...] dijo El, y fue hecho; mandó y así fue.” (Génesis 1:11, 20, 24; Salmo 33:9).

4) Pero ¿de dónde procedió la vida que recibieron esos seres que aparecieron a la orden de la palabra del Creador? La vida que recibieron todos los seres no procedió de la nada, sino que procedió del mismo Creador; porque en él estaba la vida; así lo expresa el apóstol Juan, cuya información le vino del mismo Jesús:

“Todas las cosas fueron hechas por él, y, sin él, ni siquiera una cosa hecha llegó a existir. En él estaba la vida, [...]” (Juan 1:3-4).

5) Por tanto, el origen de la vida de plantas y animales tuvo lugar cuando el Creador transmitió la vida, que estaba (y está) en él, a las criaturas en el momento de crear a cada una con las características correspondientes a su especie, tal como él quiso; pues el relato afirma:

“Dijo luego: ‘Haga brotar la tierra hierba verde, hierva con semilla, y árboles frutales cada uno con su fruto, según su especie, y con su simiente, sobre la tierra’. Y fue así. [...]. Dijo luego Dios: ‘Hiervan de animales las aguas y vuelen sobre la tierra aves bajo el firmamento de los cielos’. Y fue así. [...]. Dijo luego Dios: ‘Brote de la tierra seres animados, según su especie, ganados, reptiles y bestias de la tierra según su especie’. Y fue así. [...]” (Génesis 1:11-25).

C) La creación del hombre y de la mujer.

1) La creación del hombre y de la mujer tuvo lugar en el día sexto, después de la creación de los demás seres vivos; pero, según el relato del Génesis, Dios no mandó que apareciera el hombre (como en el caso de los demás seres vivos), sino que lo hizo el mismo Creador:

“Dijo entonces Dios: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, [...]’. Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra; y los bendijo Dios, diciéndoles: ‘Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra’.” (Génesis 1:27-28).

2) En ese relato, se dice que Dios creó al hombre y a la mujer a imagen suya; pero no se dice cómo los creó; esto se desarrolla en el capítulo segundo del Génesis; veamos, pues, la explicación de la creación del hombre y de la mujer:

“Modeló Yavé Dios al hombre de arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y llegó a ser el hombre *ψυχή* (psyjé) viviente.” (Génesis 2:7), (3/3). La palabra griega *psyjé* significa: vida, alma, persona, ser, etc. (11/790). (6/2176). Es evidente que, aquí, significa “persona”. Es decir, la arcilla, mediante el soplo de Dios, se convirtió en una “persona viviente”: un hombre vivo.

3) Es decir, en un ser inteligente, capaz de reflexionar, y hablar con su Creador; un ser libre, que podía decidir y actuar, como se ve en Génesis, capítulos 3 y 4. Todo esto no lo podía hacer ningún animal de todos los que habían sido creados en los días anteriores, sino solamente el hombre; porque todo esto significa que el hombre había sido creado “a imagen y semejanza” de su Creador (según Génesis 1:26), que reflexiona, habla, es libre, decide y actúa, como se ve en Génesis 6:5-7).

4) Es evidente, según este relato, que Dios no sopló sobre un animal de los que había hecho antes de crear al hombre, y le dio el alma, sino que Dios sopló sobre la arcilla y le dio vida; es decir, mediante un soplo, Dios dio vida a la materia mineral inerte; o sea, la transformó en materia orgánica viva. Por consiguiente, los que dicen que Dios sopló sobre un animal vivo y le infundió el alma, no se fundan para nada en la Biblia (véase el **Apéndice 3**).

5) Por lo que se refiere a la creación de la mujer, el mismo relato dice que Dios la hizo de la misma naturaleza del hombre: “Hizo, pues, Yavé Dios caer sobre el hombre un profundo sopor; y dormido, tomó una de sus costillas, cerrando en su lugar con carne, y de la costilla que del hombre tomara, formó Yavé Dios a la mujer, y se la presentó al hombre.” (Génesis 2:21-22).

6) Está claro que tanto el hombre como la mujer fueron hechos por Dios directamente de la misma carne; por eso, Dios consideró a los dos como si fueran solamente uno; así lo dice el relato:

“Este es el libro de la descendencia de Adán. Cuando creó Dios al hombre, le hizo a imagen suya. Hízolos macho y hembra, y los bendijo, y les dio, al crearlos, el nombre de Adán.” (Génesis 5:1-2).

7) El que fue el Agente creador de todas las cosas (como ya hemos visto más arriba, capítulo I) y, por tanto, también del hombre y de la mujer, cuando estaba en la Tierra, afirmó que la creación de los dos fue hecha por Dios en el principio:

“[...] al principio de la creación los hizo Dios varón y hembra; [...]” (Marcos 10:6).

8) Vemos que el mismo que creó al hombre y a la mujer, dice que hizo a los dos “al principio de la creación”; es decir, en el día sexto, como está dicho en el relato del Génesis. Por esto, insistimos, Dios no sopló sobre un animal vivo evolucionado, sino que, al crear al hombre, sopló sobre la arcilla y le dio vida en el sexto día de la creación.

D) ¿Qué comparten el hombre y los animales desde que fueron creados?

1) Acabamos de ver, en los apartados precedentes (B y C), cómo fue realizada la creación de los animales y la del hombre.

2) En la actualidad, hay un debate sobre lo que comparten el hombre y los animales desde su creación:

“El consenso ha dejado además al margen la idea de que el relato de la creación en Génesis (2, 7) supone un alma literal insuflada en el cuerpo humano: ‘Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente’. Tal como el experto en Biblia Joel Green señala, el término *alma* se usa en Génesis indistintamente tanto para los humanos como para los animales: ‘Idéntico término (“alma viviente”) es usado unos versículos antes en referencia a “toda bestia de la Tierra”, “todas las aves del cielos” y “todo lo que se arrastra sobre la tierra”- es decir, toda criatura dotada de vida, demostrando de forma incontrovertible que el “alma” no es, según el propio relato, una característica única y exclusiva del ser humano’-.”(115/157).

3) Es evidente que, según los autores de esa obra y Joel Green, a quien citan, los animales, que fueron creados primero, comparten (o tienen), desde su creación, un “alma viviente” igual que el hombre.

4) Pero, precisando más esa idea y usando la Septuaginta, que es la Biblia que usaron los escritores del NT, para tomar citas del AT, diremos que la expresión “alma viviente” son dos palabras en griego: *ψυχή ζωσαν* (*psyjé dsosan*), mientras que la palabra “alma” es sólo una acepción de la palabra “*psyjé*”, cuyas acepciones son: **vida, alma, persona, ser, etc.** (como hemos indicado en el apartado C, punto 2); por tanto, el término “*psyjé*” está empleado en Génesis 1:20, 21, 24 (3/2), donde se habla de la creación de los animales; y en Génesis 2:7 (3/3), donde se explica la creación del hombre.

5) Ahora bien, en el caso del hombre, sería más exacto traducir “*psyjé dsosan*” por “persona viviente”; mientras que, en el caso de los animales, es más justo traducir “*psyjé dsosan*” por “ser viviente”; es decir: el hombre fue una “persona viviente”, mientras que los animales fueron “seres vivientes”; pero, si se traduce “*psyjé*” por “alma” en todos los casos, más la palabra “*dsosan*” (viviente), el hombre sería “alma viviente”, y los animales serían “almas vivientes”.

6) Ahora bien, hay que tener en cuenta que los animales brotaron vivos de la tierra por una orden del Creador, mientras que el hombre fue hecho por el mismo Creador a su “imagen y semejanza”, y lo hizo vivir soplandole en el rostro (de lo que esto supone hemos hablado más arriba, apartado C, 3), como se afirma en los textos de **Génesis 1:20, 21, 24; 3:7**.

7) Por una parte, vemos que, en el precedente punto 2, Joel Green dice: “...el “alma” no es, según el propio relato, una característica única y exclusiva del ser humano.” Por otra, los autores que usan esa cita, dicen:

“Aun siendo el dualismo cuerpo / alma la noción más prevalente acerca de la naturaleza humana dentro del cristianismo histórico, lo cierto es que tiene su origen más en una serie de teorías y posturas filosóficas, que van de Platón a Descartes, pasando por San Agustín, que en fuentes genuinamente bíblicas.” (115/138).

“En Occidente, se sigue creyendo en un alma inmaterial e inmortal ligada y unida en alguna forma al cuerpo. Son muchos los cristianos que creen que eso es lo que la Biblia enseña.” (**Id.**, p. 160).

8) Efectivamente, aunque la creencia que tiene la gente sobre el alma viene más bien de Platón que de la Biblia, en general, se cree “en un **alma inmaterial e inmortal**”; pero la Biblia sólo dice que el hombre tiene un alma (*psyjé*); pero no dice que esa alma sea “**inmaterial e inmortal**”, ni en qué lugar del cuerpo está alojada; por esto, a lo largo de los siglos, los hombres han tratado de ubicarla en varios lugares dentro del cuerpo humano. Los autores que venimos citando, lo cuentan así:

“A lo largo de la mayor parte de la historia, hemos alentado la idea de que existe una parte no material en nosotros – una mente o alma – que debe estar alojada en algún lugar del cuerpo. Noción que ha ido gradualmente cambiando con la sucesiva aparición de estudios científicos acerca de la relación mente-cuerpo. En la actualidad, se ve la *mente* como una propiedad operativa del cerebro, no como algo “localizable en un punto concreto”. La mente es de hecho un proceso firmemente materializado dentro del *cerebro*, en forma muy similar al programa que funciona

en nuestro ordenador. Ahora bien, ¿puede esa misma forma de materialización presumirse para aquello que tradicionalmente llamamos *alma*?

“Este rompecabezas sobre cómo relacionar mente, cerebro y alma tiene raíces ya antiguas. Las teorías más antiguas sobre la localización de la mente discrepaban grandemente entre sí. Por una parte, estaban los que decidían a favor del corazón, otros, en cambio, optaban por el cerebro, y otros incluso por los ventrículos, cavidades que se pueden apreciar dentro del cerebro. Igual de dilatada ha sido asimismo la historia de la noción del alma humana como parte no material presente en algún lugar de nuestro cuerpo. De forma general en la historia, se ha hablado largo y tendido sobre la actividad de la mente, pero ese no es ni mucho menos el caso con el alma. Así, pues, es pertinente la pregunta: ¿qué papel podría tener el alma en la vida consciente?

“Los escritos hebreos y cristianos (de la Biblia) al respecto constituyen un material muypreciado sobre esa mutua relación. Pero incluso lo que aportan tan ricas fuentes no llega a componer una imagen sencilla y homogénea. Además, y de forma un tanto sorprendente, en esos escritos no se menciona ni una sola vez el cerebro, aunque sí que se hacen, en cambio, múltiples referencias al alma [...]” (115/39-40).

9) Ahora bien, ¿por qué en “los escritos hebreos y cristianos” (de la Biblia) [...] “no se menciona ni una sola vez el cerebro”? y ¿por qué, en esos mismos escritos, hay “múltiples referencias al alma”? Las respuestas a estas preguntas son muy sencillas: en nuestra cultura, toda la información que nos entra por los órganos de los sentidos (ojos, oídos, etc.) va a parar al **cerebro**; pero, en la cultura de la Biblia, esa misma información va a parar al **alma** (psyjé); por esta causa, la palabra “**cerebro**” no aparece en la Biblia, porque está sustituida por la palabra “**alma**”; de donde se sigue que el **alma**, en la Biblia, **es el cerebro**; por esto, el **alma no está en el cerebro**, sino que el **alma es el cerebro**, que está dentro del cráneo. Hasta ahora, los teólogos no se han dado cuenta de esta realidad por creer que el alma es de naturaleza **espiritual** (o inmaterial). Hemos estudiado y analizado este tema durante muchos años, incluyendo un análisis de los 102 pasajes donde aparece la palabra “**psyjé**” (**alma**) en el texto griego del NT; y, para el texto hebreo del AT, nos ayudó una israelita profesora de hebreo (de ella hablamos al final de la Introducción de la Obra donde presentamos minuciosamente toda esta investigación, titulada: *El alma humana ¿mortal o inmortal? (¿Qué hay después de la muerte?* El Registro de la Propiedad Intelectual la ha calificado como una “Obra científica”, cuyos datos están en el nº 31 de la *Bibliografía* de este libro.

10) Por otra parte, vemos por qué todos los animales tienen un alma (= el cerebro) como el hombre; pero, con la información que les llega a ella, no pueden hacer como el hombre, porque les falta lo que supone, para el hombre, haber sido hecho “a imagen y semejanza” de su Creador (véase más arriba el apartado C, punto 3). Los animales sólo tienen en el cerebro una especie de programa (instintos), para actuar siempre de la misma manera; por ejemplo, las aves siempre hacen los nidos de la misma forma; pero los hombres, cuando hicieron las pinturas de Altamira, vivían en cuevas, y ahora viven en rascacielos, van a la Luna, etc.; es decir, el hombre continúa siempre acumulando conocimientos en su cerebro.

E) La creación de la semana.

1) Dios realizó las obras de la creación a lo largo de seis días, a los que agregó otro, que destinó para reposo:

“Así fueron acabados los cielos y la tierra y todo su cortejo. Y rematada en el día sexto toda la obra que había hecho, descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera; y bendijo al día séptimo y lo santificó, porque en él descansó Dios de cuanto había creado y hecho.” (Génesis 2:1-3).

2) Después, ya en tiempos históricos, cuando Dios dio, a Moisés, el Decálogo (como ya hemos visto más arriba), en el cuarto mandamiento, el mismo Creador escribió lo que había dicho al principio, en aquel día séptimo, a saber: que había creado todo **en seis días**; estas son sus palabras:

“Acuérdate del día del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso a Yavé, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno [...], pues **en seis días** hizo Yavé los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yavé el día del sábado y lo santificó.” (Éxodo 20:8-11). (La negrita es nuestra).

3) Vemos que, Dios, que escribió el mandamiento del día de reposo, considera que los siete días de la semana fueron de la misma duración; es decir, de veinticuatro de nuestras horas, que es lo que significa la palabra “**día**” (= **yom**, en hebreo), repetida al final de cada día de la creación, según Génesis 1:5, 8, 13, 19, 23, 31; así lo dicen los diccionarios hebreos:

“rJS (yom): día, jornada.” (8/279). “Día / jornada (24 horas).” (9/482).

4) A lo largo del tiempo, han aparecido muchas teorías sobre el origen de la semana y del día de reposo semanal; de todas ellas, hablamos en (4/37-42). (Véase la **Tercera parte** de este libro).

F) La fecha de la creación y la cronología de los patriarcas.

1) Para tratar lo tocante a esta fecha, vamos a estudiar cómo está hecha la **cronología de la creación**, así como hemos explicado de qué forma están hechas las dos genealogías de Cristo: la de Mateo y la de Lucas (5/207-223), que están implicadas en **esta cronología**.

2) Observamos que, desde que empezó a existir el tiempo, primero hubo seis días de creación más uno de reposo; así, Dios organizó el tiempo repartiéndolo en períodos de siete días, como continúa hasta el día de hoy. A ese período de siete días (de 24 horas), siguió un período, que abarca todo el tiempo que hay desde el día séptimo en el que Dios descansó hasta el nacimiento de Jacob; entonces comienza la **Historia** en Israel, ya que cuando Jacob llegó a Egipto tenía 130 años de edad (Génesis 47:9); entonces, esos 130 años de la vida de Jacob quedaron unidos a la historia de Egipto.

3) Al exponer esta **cronología de la creación**, no hacemos ningún cálculo (por ejemplo, de períodos proféticos), sino que nos limitamos a recoger, en **seis etapas**, esta cronología, que está esparcida por el Antiguo Testamento. La primera etapa abarca desde Adán hasta Isaac; en total 21 personajes (llamados patriarcas). Los años de esta etapa se suelen contabilizar por los años de vida que tenía cada patriarca cuando engendró al siguiente, según lo indica el texto bíblico correspondiente. A Jacob no se le puede contar con los otros 21 patriarcas, porque la Biblia no dice cuántos años tenía cuando engendró a su hijo Rubén (según Génesis 29:32).

Primera etapa			
Desde Adán hasta Isaac			
Nº de orden	Personaje	Años cuando engendró a:	Referencias
1	Adán	130	Gn. 5:3
2	Set	105	“ 5:6
3	Enós	90	“ 5:9
4	Cainán	70	“ 5:12
5	Mahalaleel	65	“ 5:15
6	Jared	162	“ 5:18
7	Enoc	65	“ 5:21
8	Matusalén	187	“ 5:25
9	Lamec	182	“ 5:28
10	Noé	(601)*	“ 5:32
11	Sem	(- - -)**	“ 11:10
12	Arfaxad	35	“ 11:12
13	Sala	30	“ 11:14
14	Heber	34	“ 11:16
15	Peleg	30	“ 11:18
16	Reu	32	“ 11:20
17	Serug	30	“ 11:22
18	Nacor	29	“ 11:24
19	Taré	70	“ 11:26
20	Abraham	100	“ 21:5
21	Isaac	60	“ 25:24-26

		2.107	

*) Noé engendró a Sem cuando tenía 500 años (Gn. 5:32); el diluvio comenzó en el año 600 de la vida de Noé y duró un año; pues terminó cuando Noé tenía 601 años, los cuales contabilizamos (Gn. 7:11; 8:13-16). Tratamos el asunto del diluvio en el **Apéndice 8**.

) Sem, al haber sido engendrado cuando Noé tenía 500 años, cumplió los 100 años en el año que estuvo en el arca durante el diluvio; por consiguiente, dos años después del diluvio, tenía, como mínimo, 102 años; pero el Génesis no cuenta esos dos años; porque dice que, dos años después del diluvio, Sem tenía 100 años, los cuales no contabilizamos, porque ya están incluidos en los 601 que tenía Noé cuando acabó el diluvio. Es evidente que al decir que Sem tenía 100 años, cuando en realidad tenía 102, es debido a que el Génesis quiere conseguir un número de años que sea múltiplo de **siete; por tanto, el número de años de esta primera etapa es **2.107 : 7 = 301**.

Segunda etapa

Desde el nacimiento de Jacob hasta su llegada a Egipto.

Con Jacob comienza otra forma de contar los años; pues ya no se dice cuantos años tenía cuando engendró a su hijo primogénito Rubén (Génesis 29:32, 35:23); pero, contando desde que nació Jacob hasta que fue presentado a Faraón en Egipto por su hijo José, habían pasado **130** años, que son los de esta segunda etapa (Génesis 47:9).

Tercera etapa

El tiempo de permanencia de los israelitas en Egipto.

Esta etapa recoge los **430** años que estuvieron los israelitas en Egipto (Éxodo 12:40; Gálatas 3:17). [Los textos de Génesis 15:13 y Hechos 7:6 sólo se refieren a los 400 años que estuvieron los israelitas en la esclavitud, desde que llegó al poder un faraón que no conocía a José (Éxodo 1:6-14); esto nos muestra que estuvieron 30 años sin padecer esclavitud].

Por consiguiente, desde que Jacob llegó a Egipto hasta que los israelitas salieron de allí, en el momento del Éxodo, tenemos que contar **430** años.

Cuarta etapa

Desde la salida de Egipto hasta el comienzo de la construcción del Templo en el cuarto año del reinado de Salomón.

“En el año **cuatrocientos ochenta** después de la salida de los hijos de Israel de Egipto, en el cuarto año del reinado de Salomón sobre Israel, comenzó a edificar la casa de Yavé.” (1 Reyes 6:1). Por consiguiente, desde la salida de Egipto hasta el cuarto año del reinado de Salomón hay **480** años. En estos 480 años, está incluido todo el tiempo del gobierno de los Jueces y los reinados del rey Saúl y del rey David; así como cuatro años del reinado del rey Salomón. Por tanto, la cuarta etapa tiene **480** años.

Quinta etapa

Desde el cuarto año de Salomón hasta la destrucción del Templo de Jerusalén por Nabucodonosor (2 Reyes 25:8-10)

Cronología de los reyes del reino de Judá

Nº de orden	Nombre	Años de reinado	Referencias
1	Saúl	(incluido en la 4ª etapa)	
2	David	(incluido en la 4ª etapa)	
3	Salomón	36 (+ 4 en la 4ª etapa)	1 Ry. 11:42
4	Roboam	17	“ 14:21
5	Abiam	3	“ 15:2
6	Asa	41	“ 15:9-10
7	Josafat	25	“ 22:42
8	Joram	8	2 Ry. 8:16:17
9	Ocozías	1	“ 8:26
10	Atalía (Usurpadora)	7	“ 11:1-21
11	Joas	40	“ 12:1
12	Amasías	29	“ 14:1-2
13	Azarías (Ozías)	52	“ 15:1-2
14	Jotam	16	“ 15:32-33
15	Acaz	16	“ 16:2
16	Ezequías	29	“ 18:1-2
17	Manases	55	“ 21:1
18	Amón	2	“ 21:19
19	Josías	31	“ 22:1
20	Joacaz	(3 meses)	“ 23:31
21	Joacim	11	“ 23:36
22	Joaquín (Jeconías)	(3 meses)	“ 24:8
23	Sedequías (Sedecías)	<u>11</u> 430 años.	“ 24:18; “ 25:1-10

Sexta etapa

Desde la destrucción del Templo de Salomón por Nabucodonosor hasta el nacimiento de Jesús en Belén.

La fecha de la destrucción de este Templo se ha podido fijar de forma concluyente en el año **586** a. C., dado que tuvo lugar en el año **19** del reinado del rey Nabucodonosor de Babilonia (2 Reyes 25:8-10). Esta fecha del año 586 está estudiada en nuestra obra (66/99-254, 460-470). Por consiguiente, desde esa destrucción del Templo hasta el nacimiento de Jesús en Belén (Mateo 2:1; Lucas 2:1-7), hay 586 años, que son los que contamos en esta sexta etapa.

Años de esas seis etapas

Desde la creación hasta el nacimiento de Jesús en Belén.

Primera etapa:	2.107 años = 301 x 7.
Segunda etapa:	130 “
Tercera etapa:	430 “
Cuarta etapa:	480 “
Quinta etapa:	430 “
Sexta etapa:	586 “
Total:	4.163 “

Observaciones sobre esas seis etapas

1ª) Vemos que cada fecha de esas seis etapas está fundada en la Biblia, sin que haya ninguna fisura entre ellas, y que, en consecuencia, por la Biblia, sólo se pueden contar **4.163** años desde la creación hasta el nacimiento de Jesús en Belén.

2ª) Ahora bien, se puede comprobar, por varios caminos, que la fecha de la creación del mundo es más antigua que esos 4.163 años; por ejemplo, referente al **antiguo calendario egipcio**, leemos lo siguiente: “En sus comienzos, que se remontan a más de diez milenios, la civilización egipcia elaboró un calendario sencillo aunque erróneo: doce meses iguales, de treinta días agrupados en tres décadas, formaban un año de trescientos sesenta días. [...]. Encontramos el rastro de este calendario arcaico en el célebre *calendario vago*, que lo sucedió en el año 4.236 antes de nuestra era.” (26/60). Según este dato histórico, si se toman esos 4.163 años de forma literal, ese calendario egipcio, llamado *vago*, comenzó a ser usado 73 años antes de la creación de Adán, cosa que es imposible. Por otra parte, la Astronomía atribuye al Universo una antigüedad de más de 13.000 millones de años (27/206). Aunque esa medida puede cambiar (117/291-292).

3ª) Por tanto, se impone una explicación, puesto que el Autor de la obra de la creación es el mismo que revela el relato del Génesis, donde explica que él mismo hizo esa obra; por lo que no puede haber una contradicción o discrepancia de tantos años entre quien hizo la obra y quien se revela como autor de ella, porque se trata de la misma persona; es decir, el autor de la obra de la creación y el revelador del Génesis es Dios.

4ª) Por esto, dado que la fecha de la creación no se halla en la Biblia, el problema consiste en saber cuantos años literales han pasado desde aquel día en el que Yavé descansó, cuando acabó la obra de la creación (según Génesis 2:1-2), hasta el nacimiento de Jesús en Belén; y vemos que, para cubrir este período, sólo se pueden contar 4.163 años literales por la Biblia; por lo que es evidente que esos años no son literales.

5ª) Por consiguiente, tenemos que considerar dos temas en la cronología del Antiguo Testamento: el número de los años, y el número de los personajes que componen las genealogías bíblicas.

a) Sobre el número de los años, vemos dos cosas; **primera**: observamos que el número de años de los Patriarcas es una composición hecha a base de un número de años que son múltiplo de **siete**; **segunda**: vemos que, para conseguir esta composición septenaria, no se toma el número de años de forma literal, como sucede en el caso de los años que tenía Sem, cuando engendró a Arfaxad (números 11 y 12 de la primera etapa), pues se dice que **tenía 100**, cuando en realidad, según el mismo relato, **tenía 102** (como ya queda explicado en esa primera etapa).

b) Tocante al número de personajes de las genealogías, es evidente que Moisés, al escribir el Génesis, disponía de más nombres de los que usó; ese número mayor de nombres llegó hasta los judíos que tradujeron el Pentateuco de la **Septuaginta** en el siglo III a. C., porque ellos agregaron un personaje nuevo a la genealogía de los patriarcas; pues dicen, en esa traducción, que “Arfaxad engendró a Cainán” (Génesis 11:12), y “Cainán engendró a Sala” (Génesis 11:13). Además de agregar a Cainán en la genealogía de los patriarcas también aumentaron el número de los años de éstos, que pasó a sumar (en lugar de 2.107) 3.472 años (que también son múltiplo de **siete**). Por otra parte, esta forma de contar a base de **múltiplos de siete** pasó al Nuevo Testamento, donde Mateo usa la expresión “**engendró a ...**” para enlazar a los personajes de su genealogía, con el mismo valor que está usada en el Génesis cuando dice que Arfaxad engendró a Sala (Génesis 11:12); pero se salta a Cainán (como es evidente); por tanto, de la misma forma dice Mateo que **Joram** engendró a **Ozías**, pero entre esos dos reyes están **Ococías, Joas y Amasías**; y también dice que **Josías** engendró a **Jeconías**, mas entre estos dos reyes están **Joacaz y Joacim** (Mateo 1:8, 11); tampoco menciona a Sedequías ni a Saúl. Mateo salta a esos personajes, porque mete, en **42 nombres** (que es múltiplo de **siete**), todos los personajes que hubo entre Abraham y Jesús (Mateo 1:2-16). Por tanto, la expresión “**engendró a ...**” no siempre significa que el engendrado (al que se refiere la frase en todos los casos) sea siempre hijo del que engendra, porque hay casos en los que, entre el que engendra y el engendrado, hay varias generaciones, como en esos casos citados. Por lo que se refiere a la expresión “**hijo de ...**”, sucede también que, a veces, está usada en sentido literal, mientras que otras veces sólo significa “**descendiente de ...**”, como sucede en Mateo 1:1, que dice, refiriéndose a Jesús: “**... hijo de David, hijo de Abraham**”; así, Mateo, con dos veces que usa, ahí, la expresión “hijo de...”, se salta las 42 generaciones de su genealogía de Jesús; por tanto, esa expresión, en ese lugar, significa “**descendiente**”, significado que también tiene la palabra “hijo” en el idioma griego. Igualmente, Lucas, usando esta expresión en su genealogía de Jesús, cubre todo el tiempo que va desde Jesús hasta Adán con sólo 77 personajes (número que es múltiplo de **siete**), y elimina todos los nombres que tiene Mateo desde David hasta José, excepto Salatiel y Zorobabel, total 23 nombres y, en su lugar, pone 38 diferentes; además incluye a Cainán (tomado de la Septuaginta), (Lucas 3:23-38); en realidad, se salta a todos los reyes de Israel, excepto a David, como se ve en la tabla de más abajo.

6ª) Por esto, el período de la **primera etapa**, de 2.107 años, no está contado, en el Génesis, de forma cronológica literal, sino de **forma didáctica**, encaminada a una enseñanza oral sencilla, fácil de aprender y retener en la memoria; por lo que todo ese período de tiempo se ha resumido en torno a esos 21 personajes (múltiplo de 7), que, aunque fueran reales, no son todos los que vivieron en ese período de tiempo (pues sólo se cita a esos 21 a modo de hitos), como sucede en la genealogía de Jesús expuesta por Mateo y Lucas. Teniendo esto en cuenta, es evidente que, en esa **primera etapa** compuesta por los 21 patriarcas nombrados, es donde están contenidos **todos los miles de millones de años** transcurridos, y no contados, desde aquel séptimo día, en el que Dios descansó, hasta el nacimiento de Jacob. Por tanto, no hay ningún conflicto entre esta cronología pedagógica del Génesis, compuesta a base de múltiplos de siete años en su primera etapa, y los miles de millones de años que la Ciencia atribuye al origen del universo y de la Tierra; miles de millones de años que nunca pueden crear un problema a la Biblia; porque ésta no da ninguna fecha para el origen de la creación, como tampoco da ninguna fecha para el día del fin del mundo; dos fechas intrigantes; pero desconocidas. Por tanto, en las genealogías bíblicas, hay que tener en cuenta estos cuatro aspectos:

- 1º) Las genealogías de los patriarcas y las de Jesús son **resúmenes** de muchos más nombres que no se han incluido en ellas, como se puede ver en la tabla de más abajo.
- 2º) Esos resúmenes están hechos a base de **múltiplos de siete** (múltiplos de personajes, múltiplos de años, etc.).
- 3º) Esos múltiplos de **siete** tienen la finalidad de facilitar el aprendizaje en una transmisión oral de la gran verdad de la creación hecha por Dios.
- 4º) Esa construcción septenaria de las genealogías también impide la manipulación o falsificación de su contenido; por ejemplo, en la genealogía de Lucas, el valor numérico de todas las letras de los 77 nombres que la componen, son múltiplo de siete ($42.987 = 7 \times 6.141$), según el texto griego. El análisis de las genealogías de Lucas y Mateo está en (5/207-223). En conclusión, podemos ver que el período de tiempo que va desde la creación hasta el nacimiento de Jacob está contado como las genealogías de Jesús, cuyos personajes forman parte de la genealogía de los patriarcas y de la genealogía de Jesús al mismo tiempo, como vemos en el cuadro siguiente.

<u>Personajes de los patriarcas y de los reyes de Israel del AT que Lucas y Mateo incluyen en sus genealogías de Jesús en el NT</u>		
<u>GENEALOGÍA DE LUCAS</u>	<u>PATRIARCAS</u>	<u>GENEALOGÍA DE MATEO</u>
Adán	Adán	
Set	Set	
Enós	Henos	
Cainán	Cainán	
Mahalaleel	Mahalaleel	
Jared	Jared	
Enoc	Enoc	
Matusalén	Matusalén	
Lamec	Lamec	
Noé	Noé	
Sem	Sem	
Arfaxad	Arfaxad (engendró a Sala)	
Cainam (hijo de Arfaxad)		
Sala (hijo de Cainam)	Sala	
Heber	Heber	
Peleg	Peleg	
Reu	Reu	
Serug	Serug	
Nacor	Nacor	
Taré	Taré	
Abraham	Abraham	Abraham
Isaac	Isaac	Isaac
Jacob	Jacob	Jacob
	<u>REYES DE ISRAEL</u>	
	Saúl	
David	David	David
	Salomón	Salomón
	Roboam	Roboam
	Abiam	Abiá
	Asa	Asaf
	Josafat	Josafaf
	Joram	Joram (engendró a Ozías)
	Ococías	
	Atalía (usurpadora)	
	Joas	
	Amasías	
	Azarías (Ozías)	Ozías
	Jotam	Jotam
	Acaz	Acaz
	Ezequías	Ezequías

	Manases	Manasés
	Amón	Amós
	Josías	Josías (engendró a Jeconías)
	Joacaz	
	Joacim	
	Joaquín (Jeconías)	Jeconías
	Sedequías (Sedecías)	

G) La fecha del Éxodo.

1) Todas las fechas de la historia anteriores al nacimiento de Jesús se cuentan desde el año **uno** a. C. hacia atrás; este año **uno** es el año 753 contando desde la fundación de Roma; cuando se empezó a contar el *Calendario romano*, que, en el año 45 a. C., pasó a llamarse *Calendario juliano* debido a la reforma que Julio César hizo en ese calendario romano, reforma que fue inaugurada en ese mismo año 45. En el año 1582, el Calendario juliano pasó a llamarse *Calendario gregoriano* (que es el nuestro). Todas las reformas hechas en este calendario desde que fue fundado en el año 753 a. C. hasta la actualidad se hallan expuestas detalladamente en (4/11-35).

2) Pues bien, insistimos, como el calendario juliano era el que se usaba cuando nació Jesús, todos los acontecimientos de la Historia anteriores al nacimiento de Cristo, se fechan por el calendario juliano, contando desde el año **uno** a. C. (= al año 753 del calendario juliano) hacia atrás; y, ficticiamente, se proyecta hacia atrás el calendario juliano no sólo hasta el año 753 de Roma, sino hasta todos los acontecimientos del pasado remoto que haya que fechar:

“Los historiadores colocan en la era cristiana los acontecimientos del pasado lejano; para esto, prolongan el calendario *Juliano*, ficticiamente, en el pasado tan lejos como sea necesario.” (26/51).

3) Por consiguiente, de esta forma, vamos a encontrar nosotros **la fecha del Éxodo**; es decir, la fecha cuando los israelitas salieron de Egipto con Moisés después de haber permanecido allí 430 años (Éxodo 12:40; Gálatas 3:17). Para conseguir esa fecha con toda exactitud, hay que contar desde el año **uno** a.C. hacia atrás los 586 años de la “sexta etapa”, más los 430 de la “quinta etapa”, más los 480 de la “cuarta etapa” y, hecha la operación, vamos a caer en el **año 1496 a. C.; y ésta es la fecha en la cual tuvo lugar el Éxodo.**

4) Ahora bien, hasta donde podemos saber, ningún comentarista del Pentateuco pone la fecha del Éxodo en 1496 a. C.; pues hay un problema sobre la fecha del Éxodo, la cual viene discutiéndose a lo largo de la historia del cristianismo sin que nadie haya aportado una solución clara hasta ahora.

5) Todos los que tratan de resolver este problema están divididos en dos bandos:

a) Por un lado, los que proponen la fecha de mediados del siglo XV a. C., llamada la “**fecha alta**”; pero sin precisar de forma clara un año determinado, pues dicen que fue “hacia el año 1440”.

b) Por otro lado, están los que proponen la fecha del siglo XIII a. C., llamada la “**fecha baja**”. Éstos colocan la fecha del Éxodo en el reinado del faraón Ramsés II; pero sin señalar un año concreto.

6) Por tanto, debido a la importancia de este problema y a lo prolongado de su disputa, vamos a ver en qué se fundan los partidarios de cada una de esas dos fechas (la “fecha alta” y la “fecha baja”).

a) Los partidarios de la “fecha alta” hacen coincidir el año 960 a. C. con el año 4º de Salomón, que, según 1 Reyes 6:1, era el año 480 desde la salida de Egipto (o Éxodo) y este cálculo les lleva al **año 1440 a. C. como la fecha del Éxodo**; porque $960 + 480 = 1440$; así lo dicen:

“Salomón empezó a edificar el templo el año 960, que, según la Biblia, era el año 480 después del éxodo (1 Re 6, 1). Luego el éxodo tiene que datarse hacia el año 1440.” (42/tomo I, AT, p. 298).

b) Vemos que el error de estos autores consiste en que colocan el año 4º del reinado de Salomón en el año 960 a. C., sin mostrar cómo llegan a ese año 960 a. C.

7) Ahora vamos a examinar en qué se fundan los partidarios de la “fecha baja”, para situar la fecha del Éxodo en el reinado de Ramsés II. Éstos son sus dos argumentos:

a) El primer argumento consiste en modificar los datos cronológicos de la Biblia, de esta manera:

“Según los datos cronológicos de 1 Reyes 6, 1 el éxodo tuvo lugar 480 años antes de la construcción del templo de Salomón (hacia 970 a. C.). El autor calculó seguramente doce generaciones, ya que en la Biblia una generación abarca cuarenta años. Si calculamos, de una manera más realista, unos veinticinco años por generación resultan 300 años en vez de 480, con lo que el éxodo habría tenido lugar en la mitad del siglo XIII.” (28/178).

b) Es evidente que el autor de esta cita, primero inventa lo de las “doce generaciones”, y después pone 25 años en cada generación; es decir, los años que necesita para llegar a donde quiere.

c) En segundo argumento consiste en que los partidarios de poner la fecha del Éxodo en el siglo XIII a. C., se fundan en un texto bíblico que dice así:

“Un nuevo contrato entre Israel y sus vecinos ocurre en Ex. 1.11, cuando los hebreos estaban edificando las ciudades de Pitón y Ramesés en la época de Moisés. Ramesés era la capital egipcia del Delta edificada en su mayor parte por Ramsés II, ciudad a la cual le dio su propio nombre (ca. 1290-1224 a. C.), [...]. Por lo tanto, tomando como base este elemento comprobado, se debe considerar que el éxodo ocurrió después de 1300 a. C. y preferiblemente después de 1290 a. C. (ascensión de Ramsés II).” (15/311).

d) Ese texto bíblico de **Éxodo 1:11** dice así:

“Pusieron, pues, sobre ellos capataces que los oprimiesen con onerosos trabajos en la edificación de Pitom y Rameses, ciudades almacenes del faraón.”

e) Es evidente que, por este texto, no se puede establecer ninguna fecha. Además, se ve que **Pitom** y **Rameses** no eran ciudades para vivir en ellas el faraón, sino que **las construyeron para que sirvieran de almacenes**.

8) Andando el tiempo, llegó al poder el faraón Ramsés II, y construyó, en el asentamiento donde estaban construidas esas antiguas “ciudades almacenes”, una nueva ciudad a la que dio su propio nombre, y la usó como residencia (y se consideró el constructor de lo antiguo y de lo nuevo):

“Se dice que, desde Abidos, Ramsés se dirigió hacia el norte a Pi-Ramsés-miamûn, ‘Casa de Ramsés miamûn’, ciudad del norte del Delta que había sido elegida como residencia. [...]. Es evidente que si ya en los primeros años del reinado se hacen referencias a la ciudad, es porque no era una ciudad de nueva planta, sino que debía tratarse de un antiguo asentamiento al que Ramsés puso un nuevo nombre, Ramsés-miamûn, es decir, ‘Ramsés amado de Amón’, que era entonces la forma completa de su nombre de rey.” (28/233).

9) La historia cuenta cómo Ramsés II se apropió, poniendo a su nombre, muchas construcciones que ya existían antes de su reinado, como es el caso de las “ciudades almacenes” de ese “antiguo asentamiento”:

“Ramsés II (1298-1235), sucedió normalmente a su padre. Si juzgamos por el número de monumentos reseñados con su nombre, pasaría por el mayor constructor egipcio; de hecho, fue con frecuencia un usurpador del trabajo de otros. No dudaba en hacer borrar en los monumentos los nombres de sus predecesores para reemplazarlos por los suyos. Si se juntan con los monumentos usurpados sus propias construcciones, que no fueron despreciables, se comprende que haya dejado un recuerdo viviente en la historia universal y que haya sido confundido a veces con el legendario Sesostris de los griegos.” (29/90).

10) Por consiguiente, este texto de Éxodo 1:11 no sirve para colocar la fecha del éxodo en el siglo XIII a. C. Por tanto, ratificamos que el Éxodo tuvo lugar en el año 1496 a. C., como queda apuntado más arriba. Si consideramos ahora qué faraón reinaba en Egipto en esa fecha, hallamos que, en el año 1504 a. C., murió el faraón Tumosis II, que había estado casado con su media hermana Hatshepsout, quien tomó el título de Reina de Egipto. Tumosis II entronizó a su hijo Tumosis III (nacido de una concubina); pero su viuda se hizo con el poder y dejó en la sombra a Tumosis III, que era el faraón entronizado por su padre; pero quien gobernaba era su madrastra hasta que ésta murió en el año 1482 a. C. Por tanto, en el reinado de Tumosis III (1504-1450); pero durante el gobierno de su madrastra Hatshepsout (1504-1482 a. C.), fue cuando tuvo lugar el Éxodo en el año 1496 a. C.:

“La regencia de Hatshepsout duró de 1504 a 1482. Esta usurpación del poder ha sido explicada también por el hecho que desde el comienzo de la XVIII dinastía, las esposas reales sólo dieron a luz hijas, lo que explica que los herederos tuvieran que ser designados entre los niños varones de las concubinas. El sucesor legítimo debía, pues, ser el primogénito de los hijos nacidos del harén. Pero a la muerte de su padre, ¡Tumosis III todavía era demasiado joven para reinar! Esto favoreció ciertamente la puesta en marcha de un golpe de Estado.” (30/98).

“[...], Thutmosis III, [...], fue confirmado públicamente como heredero por el oráculo de Amón y puede ser que incluso asociado formalmente al trono. [...]. En lo sucesivo, Egipto tuvo oficialmente dos soberanos. La era oficial siguió siendo la de Thutmosis III, pero, durante más de veinte años, la mayor parte de los edificios fueron firmados con el nombre de Hatshepsut [...].” (28/198).

11) Por otra parte, hace falta que se cumpla un detalle que está indicado en el libro del Éxodo; a saber, que, en la última de las plagas habidas en Egipto antes de la salida de los israelitas, murió el hijo primogénito del faraón (Éxodo 11:4-5). Por tanto, el sucesor de Tumosis III no pudo ser su hijo primogénito. Por esto, debemos ver lo que dice la historia sobre el sucesor de Tumosis III:

“A su muerte, su hijo, el faraón Amenhotep II reinó desde 1450 a 1425. Había sido asociado al trono por su padre un año antes.” (30/102).

“Subió al trono a los cuarenta años [...].” (16/tomo 5, p. 101).

12) Por tanto, si en 1450 tenía 40 años, resulta que había nacido en el año 1490; es decir, **seis años** después de la fecha del Éxodo; por esto, él no pudo ser el primogénito del faraón que murió en dicha plaga. Ahora bien, la historia de Egipto se ha

guardado muy bien de contar todos los fracasos del faraón relacionados con aquellas plagas que dieron lugar a que el faraón dejara salir a los israelitas de Egipto; por tanto, tampoco cuenta que otro hijo de Tumosis III sería el que murió en dicha plaga, que dio lugar a que el faraón dejara salir a los israelitas de Egipto, lo cual fue un triunfo de Yavé sobre el faraón; por tanto, aunque todo esto hubiera estado escrito en alguna parte, cosa improbable, Tumosis III lo habría borrado por serle cosa desagradable, como hizo con los recuerdos del reinado de Hatshepsout:

“Rencoroso, habiendo sufrido por la usurpación de Hatshepsout que le había robado el poder durante veintitrés años, decidió hacer desaparecer, en la medida de lo posible, la mayor parte de los recuerdos del reinado de la faraona: su efigie fue borrada en todos los bajorrelieves donde ella estaba representada y su nombre también fue suprimido con el buril en todos los textos rupestres.” (30/102).

H) La estancia de los israelitas en Egipto durante 430 años.

1) La Biblia dice que los israelitas estuvieron 430 años en Egipto hasta que salieron en el momento del Éxodo:

“La estancia de los hijos de Israel en Egipto duró cuatrocientos treinta años. Y fue al cabo de cuatrocientos treinta años, en ese mismo día, cuando salieron los ejércitos de Yavé de la tierra de Egipto.” (Éxodo 12:40-41; Gálatas 3:17).

2) Ahora, para saber la fecha del comienzo de esos 430 años, cuando los israelitas entraron en Egipto, sólo tenemos que retroceder esos 430 años desde la fecha del Éxodo; es decir, desde el año 1496 a. C., y vamos a parar al **año 1926 a. C.**

3) En ese **año 1926 a. C.**, entró Jacob con su familia en Egipto, procedentes de Canaán; este acontecimiento fue precedido de una serie de sucesos, que empezaron cuando los hermanos de José, el hijo de Jacob, lo vendieron a unos mercaderes, que lo llevaron a Egipto, y allí lo vendieron al capitán de la guardia del faraón (Génesis 37:23-36).

4) Después, José injustamente fue puesto en la cárcel, de donde lo sacaron para que interpretara el sueño de las vacas y las espigas gordas y las vacas y las espigas flacas, que había soñado el faraón; éste, tras esa interpretación, lo elevó a gobernador de Egipto, para que, en los siete años de abundancia (representados por las siete vacas y las siete espigas gordas), almacenara alimentos para los siete años de escasez, que vendrían a continuación (representados por las siete vacas y las siete espigas flacas), (Génesis, capítulos 39 al 41).

5) Cuando llegaron los siete años de escasez, los hermanos de José fueron a Egipto para comprar alimentos; José los reconoció, y se trajo a Egipto a todos ellos con sus familias y su padre Jacob; así es como los israelitas entraron en Egipto, y el faraón les dio, como residencia, la tierra de Gosen o Ramesés (Génesis, capítulos 42 al 47).

6) Ahora bien, cuando los israelitas llegaron a Egipto con Jacob, la actividad de José y de su gobierno, como eran los años de escasez, estaban ocupados en vender alimentos a los egipcios y a los habitantes de los países vecinos que venían a comprar; por tanto, era una época con ausencia de guerras y de conflictos bélicos (Génesis 47:13-26).

7) Observemos ahora esta situación socio-político-militar que había en Egipto cuando llegó Jacob con su familia en el año 1926 a. C., que corresponde al reinado del faraón Amenemhat II, que reinó entre 1928 y 1895 a. C.; la historia dice:

“El faraón Amenemhat II sucedió a su padre en el trono de Egipto en 1928 y reinó hasta 1895. Su reino había recobrado la paz, la seguridad y la prosperidad. Su imperio se extendía, radiante, desde Libia hasta las lejanas tierras de Asia, atrayendo a su Historia el país de Kush (Sudán-Etiopía), el país de Somalia, Nubia, el Simaí, Fenicia y la tierra de Canaán. Expediciones, esta vez puramente comerciales, fueron organizadas hacia la mayor parte de los países conquistados, con los cuales mantuvo relaciones altamente pacíficas. Su reino fue, pues, un oasis de paz y de bienestar en el caminar turbulento de la Historia del Egipto Antiguo.” (30/81).

8) Veamos ahora quién fue el faraón que tuvo el sueño de las vacas gordas y flacas y, sacando a José de la cárcel, lo puso al frente de su gobierno. Como, al llegar Jacob a Egipto en el año 1926 a. C., ya se habían pasado los siete años de las vacas gordas más dos años de las vacas flacas (Génesis 45:6, 11), retrocedemos esos nueve años y vamos a caer en el año 1935 a. C., que es el reinado del faraón Senusret I, que reinó entre los años 1962 y 1928 a. C. (30/81).

9) Después que hemos visto que los israelitas llegaron a Egipto en el año 1926 a. C. y estuvieron allí 430 años, hasta su salida en el año 1496 a. C., y como la historia confirma que, en el momento de esa llegada en dicho año, la situación en Egipto era de “paz y de bienestar”, tal como el Génesis dice que era bajo el gobierno de José, observemos ahora como era la situación socio-político-militar en Egipto contando desde la “**fecha alta**” y la “**fecha baja**”.

10) En efecto, si calculamos ahora en qué circunstancias se situaría la llegada de Jacob y su familia a Egipto contando desde la “**fecha alta**” propuesta del Éxodo en el año 1440 a. C., encontramos que sumando los 430 años de estancia en Egipto, nos lleva al año 1870 a. C., que corresponde al reinado del faraón Senusret III, que reinó desde 1878 a 1843 a. C., en cuyo reinado hubo revueltas internas y gran actividad guerrera contra los países vecinos (30/82), lo que no corresponde con la

actividad del gobierno de Egipto en la época de José, que fue gobernador con los faraones Senusret I (1962-1828) y Amenemhat II (1928-1895), que, además, son anteriores a Senusret III (1878-1843).

11) Por otra parte, los partidarios de la “fecha baja” ponen la fecha del Éxodo al comienzo del reinado de Ransés II, hacia el año 1290 a. C. (como vemos más arriba, apartado F, punto 7, c). Sumando a ese año 1290 los 430 años, resulta que Jacob habría llegado a Egipto por el año 1720 a. C., en plena invasión de los “Hicsos” (30/90), lo que hace imposible el cumplimiento de Génesis 47:5-6, que es anterior a esa fecha, como ya hemos visto.

12) Por lo que es evidente que las únicas fechas posibles, de todas las propuestas, para el comienzo y el final de los 430 años de estancia de los israelitas en Egipto, son las que ya hemos indicado más arriba; es decir, el año 1926 a. C. para la entrada en Egipto, y el año 1496 a. C. para la salida o Éxodo.

I) Los 400 años de esclavitud que pasaron los israelitas en Egipto.

1) La Biblia también dice que los israelitas estuvieron 400 años esclavos en Egipto (Génesis 15:13; Hechos 7:6).

2) Observemos primero que, cuando llegaron los israelitas a Egipto en el año 1926 a. C., el faraón Amenemhat II (1928-1895 a. C.) los puso en una situación de privilegio, como vemos en el texto de **Génesis 47:5-6**, que copiamos más abajo.

3) Por tanto, ¿qué pasó para que, desde esa situación de privilegio, llegaran a ser hechos esclavos? Si contamos, desde la fecha del Éxodo en el año **1496 a. C.**, esos **400 años** de esclavitud hacia atrás, llegamos al año **1896 a. C.** desde el que se cuentan esos años de esclavitud; pero ¿qué pasó en ese año para que en él se produjera dicho cambio?

4) El faraón que los protegía, por intermedio de José, Amenemhat II, reinó desde 1928 hasta 1895 a. C. (30/81), luego el año 1896 es un año antes de su muerte; pero el faraón que lo sucedió, su hijo Senusret II, que estaba asociado al trono con su padre, gobernó desde el año 1897 (30/82); es decir, un año antes de 1896.

5) Por tanto, lo que sucedió, alrededor del año 1896 a. C., es que se produjo un cambio de faraón en el gobierno de Egipto. Entonces, José tenía 70 años de edad, puesto que, cuando recibió el poder, por lo menos en el año anterior a los 7 años de abundancia, tenía 30 años de edad (según Génesis 41:46); por esto, contando el año en el que fue puesto por gobernador más 7 años de abundancia, más otros dos de escasez, que habían pasado cuando llegó Jacob (Génesis 45:6, 11) en el año 1926, da como resultado que, en el año 1896, José llevaba 40 años en el gobierno y tenía 70 años de edad; y no consta en la Biblia que el nuevo faraón lo confirmara o lo mantuviera en el cargo de gobernador de Egipto, que le había dado el faraón **Senusret I (1962-1928)**, y le había mantenido su hijo **Amenemhat II (1928-1895)**, como vemos en estos **dos pasajes del Génesis**, que corresponden: el primero a Senusret I, y el segundo a Amenemhat II:

“Tú serás quien gobierne mi casa, y todo mi pueblo te obedecerá; sólo por el trono seré mayor que tú”, y añadió: ‘Mira, te pongo sobre toda la tierra de Egipto’. Quitóse el faraón el anillo de su mano y lo puso en la mano de José; hizo que le vistieran blancas vestiduras de lino, y puso en su cuello un collar de oro, y mandó que, montado sobre el segundo de sus carros, se gritara ante él *abrek* (expresión de reverencia), y así fue puesto al frente de toda la tierra de Egipto. Díjole también el faraón: ‘Yo soy el faraón, y sin ti no alzaré nadie mano ni pie en toda la tierra de Egipto’.” (Génesis 41:40-44).

“El faraón dijo a José: ‘Tu padre y tus hermanos han venido a ti; tienes a tu disposición toda la tierra de Egipto; establece a tu padre y a tus hermanos en lo mejor de la tierra; que habiten en la tierra de Gosen; y si sabes que hay entre ellos hombres capaces, hazlos mayores de mis ganados’.” (Génesis 47:5-6).

6) Por consiguiente, en el año 1896 a. C., al efectuarse el cambio del faraón Amenemhat II por Senusret II (30/82) en el gobierno de Egipto, esa situación de total privilegio para los israelitas, que había durado treinta años bajo la protección del faraón y de José, gobernador de toda la tierra de Egipto, terminó. Este cambio de situación tuvo que producir un fuerte impacto en la vida de los israelitas, que quedaron reducidos a la condición de extranjeros, que tenían que vivir sin la protección tan grande que tenían hasta entonces del Estado egipcio; por esto, no es extraño que los 400 años de esclavitud se cuenten desde esa pérdida de privilegios estatales en 1896 a. C. hasta la fecha del Éxodo en 1496 a. C.

7) Ahora bien, la esclavitud de los israelitas con capataces al frente de ellos, que los obligaban a trabajar como esclavos, no se produjo hasta después de la muerte de José, según Éxodo 1:6-11. Esto fue a partir del año 1856 a. C., que es el año cuando murió José, que vivió 110 años, según Génesis 50:22, 26; pues, como ya hemos visto, si, en el año 1896 a. C., José tenía 70 años de edad, cumplió los 110 en el año 1856. Por tanto, contando la esclavitud desde este año hasta el Éxodo en 1496 a. C., ésta habría durado sólo 360 años; pero, por lo que se ve, el Éxodo cuenta los 400 años de esa esclavitud desde el año 1896 a. C., cuando los israelitas perdieron la protección estatal que tuvieron hasta entonces.

Capítulo III

EL RESULTADO DE LA DESOBEDIENCIA DEL HOMBRE**A) El hombre perdió la vida eterna y adquirió la mortalidad.**

- 1) El hombre tenía que cumplir un mandamiento para vivir para siempre, de lo contrario moriría; así está dicho:
 “Tomó, pues, Yavé Dios al hombre, y le puso en el jardín de Edén para que lo cultivase y guardase, y le dio este mandamiento: ‘De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás’.” (Génesis 2:15-17).
- 2) El hombre y su mujer habrían vivido para siempre; es decir, habrían tenido vida eterna si hubieran obedecido a Dios; pero lo desobedecieron y perdieron la vida eterna:
 “Pero la serpiente, [...], dijo a la mujer: ¿Con que os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso?’ Y respondió la mujer a la serpiente: ‘Del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: ‘No comáis de él, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir’. Y dijo la serpiente a la mujer: ‘No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal’. Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comer, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría, y tomó de su fruto y comió y dio también de él a su marido, que también con ella comió. [...]. Al hombre dijo (Yavé Dios): ‘Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol que te prohibí comer, diciéndote no comas de él: Por ti será maldita la tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te dará espinas y abrojos y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres, y al polvo volverás’ [...]. Dijo Yavé Dios: ‘He ahí al hombre hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; que no vaya ahora a tender su mano del árbol de la vida, y comiendo de él, viva para siempre’. Y le arrojó Yavé Dios del jardín de Edén, a labrar la tierra de que había sido tomado. Expulsó al hombre y puso delante del jardín de Edén un querubín, que blandía flameante espada para guardar el camino del árbol de la vida.” (Génesis 3:1-6, 17-19, 22-24).
- 3) En efecto, observamos, según estos pasajes, que el hombre, por su desobediencia, perdió la posibilidad de vivir **“para siempre”**; es decir, perdió la **vida eterna** y, en su lugar, adquirió la **mortalidad**. Ahora bien, en aquel momento, Adán era la humanidad entera, por lo que, al pecar él, toda la humanidad pecó; y, por tanto, **toda la humanidad adquirió la mortalidad** en aquel acto de desobediencia. Por lo que se refiere a Eva, ésta fue sacada de Adán (según Génesis 2:22); por tanto, para Yavé Dios, los dos eran uno solamente, pues llamó Adán a los dos (según Génesis 5:2); fue el hombre quien llamó Eva a la mujer (según Génesis 3:20).
- 4) En consecuencia, desde el momento que Adán (= a la humanidad) realizó aquel hecho puntual de desobediencia, todos los hombres y mujeres mueren por el sólo hecho de ser humanos; así lo dice el apóstol Pablo:
 “Así, pues, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, también así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto en el cual todos pecaron.” (Romanos 5:12), (2/542).
- 5) Por consiguiente, el mismo apóstol dice: “...en Adán todos mueren...” (1 Corintios 15:22), (2/614). Ahora bien, la traducción tradicional de Romanos 5:12, que, en su frase final, dice: “... por cuanto todos pecaron...”, y escamotea el pronombre relativo **“en el cual”**, cuyo antecedente es **“un hombre”** (= Adán), da a entender que todos mueren porque todos han cometido pecados personales; pero esto es un error, porque lo mismo muere un adulto que un niño de pocos días de vida, que nunca pecó. Por esto, el tal niño no muere por ningún pecado personal, sino que muere porque es humano y, por ser humano, es mortal; es decir, una persona muere a cualquier edad porque es mortal, sin que su muerte sea por sus pecados personales; éstos serán pagados más tarde (volveremos sobre este asunto en la **tercera parte**).
- 6) Por tanto, el Diablo, cuando Adán pecó, convirtió este mundo en su **“... imperio de la muerte...”** (Hebreos 2:14); porque, desde entonces, los hombres y mujeres tenían (y tienen) que morir; porque, por ser humanos, participan de la mortalidad que adquirió Adán. Hora bien, alguien podría pensar que, desde el pecado de Adán, el hombre hereda (además de la muerte) una naturaleza debilitada e inclinada al mal, que le lleva a pecar irremisiblemente (véase 31/113-144); pero la Biblia no dice que pasara esto cuando Adán desobedeció; sino que deja claro que, cuando Adán desobedeció, Dios sólo se limitó a quitarle la fuente (el árbol) de la **“vida eterna”**; puesto que, si el hombre hubiera comido de él, habría vivido **“para siempre”**; por tanto, el hombre perdió la vida eterna, y adquirió la mortalidad; así está dicho:
 Dijo Yavé Dios: ‘He ahí al hombre hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida, y comiendo de él, viva para siempre’. Y le arrojó Yavé Dios del Jardín de Edén, [...]. Expulsó al hombre y puso delante del jardín de Edén un querubín, que blandía flameante espada para guardar el camino del árbol de la vida.” (Génesis 3:22-24).

B) El hombre perdió el dominio sobre la Tierra.

- 1) En el principio, Dios dio, al hombre, el dominio sobre los seres creados en la Tierra:
“Díjose entonces Dios: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la Tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella.’ Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra; y los bendijo Dios, diciéndoles: ‘Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra.’” (Génesis 1:26-28).
- 2) Es indiscutible que, según ese pasaje, el hombre tenía el dominio sobre todos los seres vivientes de la Tierra; pero, cuando el hombre pecó, perdió ese dominio que tenía sobre la creación de este mundo; y ese dominio fue a parar al Diablo; porque Dios había dado, al hombre, un plan de vida; pero el Diablo le ofreció otro plan diferente, y el hombre, desobedeciendo a Dios, aceptó el plan que le ofreció “... la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás, ...” (Apocalipsis 12:9).
- 3) De esta forma, todo lo que Dios había dado al hombre, éste se lo dio al Diablo; así lo afirmó Satanás ante Jesús:
“Llevándole a una altura, le mostró desde allí, en un instante, todos los reinos del mundo, y le dijo el Diablo: Todo este poder y su gloria te daré, pues a mí me ha sido entregado, y a quien quiero se lo doy; si, pues, te postras ante mí, todo será tuyo. Jesús, respondiendo, le dijo: Escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás y a El solo servirás.’” (Lucas 4:5-8).
- 5) Es evidente que Jesús, al contrario de lo que hizo Adán, no aceptó la oferta de Satanás, en esa segunda tentación que le hizo. Ahora bien, el Diablo afirmó, refiriéndose a todo lo que había recibido Adán, “...pues a mí me ha sido entregado,...”; y Jesús no dijo que eso no fuera cierto; por tanto, ¿quién y cuándo entregó todo eso al Diablo? En todas las Sagradas Escrituras, la única respuesta que se puede hallar es que fue Adán, quien entregó al Diablo lo que había recibido de Dios.
- 6) Por consiguiente, cuando Adán pecó, un tenebroso futuro comenzó para la humanidad. La Tierra, al ser maldecida por Dios, se volvió hostil al hombre, y comenzó a producir espinos y toda clase de malas hierbas; la muerte empezó a acechar al hombre en cualquier momento y lugar, y el Diablo convirtió este mundo en su “imperio de la muerte” (Hebreos 2:14); todo, en la Tierra, quedó perdido para la raza humana.

Segunda parte

EL SALVADOR Y SU OBRA

Capítulo primero

LA ENCARNACIÓN DEL CREADOR

- 1) Hemos visto, en la primera parte, que el ejecutor de la creación fue el Logos-Dios, según afirma el apóstol Juan:
“En el principio, existía el Logos y el Logos estaba con el Dios y Dios era el Logos. Éste estaba en el principio con el Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y, sin él, ni siquiera una cosa hecha llegó a existir.” (Juan 1:1-3), (2/320). (Véase también Colosenses 1:16-17). (2/694).
- 2) Juan afirma también que ese Logos-Dios, que hizo todas las cosas, fue el que se encarnó y vino a vivir con los hombres:
“Y el Logos se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.” (Juan 1:14), (2/321).
- 3) En efecto, el Logos-Dios, el ejecutor de todas las cosas creadas (muchísimo tiempo después que el hombre perdió su vida eterna, y el dominio sobre la creación pasó a poder del Diablo), el mismo Creador, vino a la Tierra, para recuperar todo lo que el hombre había perdido; así lo dijo él mismo cuando ya estaba en la Tierra:
“[...]; pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.” (Lucas 19:10).
- 4) Ahora bien, el hecho de que el Creador se encarnara para “salvar lo que se había perdido”, fue debido a que, desde su naturaleza divina, no podía salvar al hombre; porque, para salvar al hombre, había que morir por el pecado del hombre, ya que la paga del pecado es la muerte (según Romanos 6:23); y el Logos-Dios creador no podía morir, porque Dios es el único ser inmortal:
“[...], el único que tiene inmortalidad, [...]” (1 Timoteo 6:16), (2/729).
- 5) Por esta causa, el Creador de todas las cosas se encarnó; es decir, tomó la naturaleza humana con la intención de poder morir como hombre; para, así, llegar a destruir al diablo, que había convertido este mundo en su **“imperio de la muerte”**:
“Así que, por cuanto los hijos participan de sangre y carne, semejantemente él también participó de ellas, para destruir, por medio de la muerte, al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.” (Hebreos 2:14). (2/751). (Volveremos sobre este asunto en el capítulo V).

Capítulo II

EL CREADOR ES TAMBIÉN EL SALVADOR

1) Cuando Adán desobedeció a Dios por la intervención del Diablo, el Creador dijo, a éste, que la descendencia de la mujer le aplastaría la cabeza; así lo dijo:

“Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; este te aplastará la cabeza, y tú le acecharás el calcañar.” (Génesis 3:15).

2) Entonces empezó un dilatado periodo de tiempo, a lo largo del cual se iría precisando cada vez más quién sería el que, salido del linaje de la mujer, aplastaría la cabeza del Diablo, convirtiéndose así en el Salvador de todo lo que perdió Adán. Sin mencionar aquí todas las profecías que hay en el AT sobre ese personaje, haremos referencia a algunas de ellas; por ejemplo, se anuncia que sería un descendiente del rey David, sobre quien Dios dice esto:

“Voy a promulgar un decreto de Yavé. El me ha dicho: ‘Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy’.” (Salmo 2:7).

3) Por consiguiente, ese ser engendrado por Dios sería hijo suyo, y Dios sería su Padre, aunque la profecía se hace al rey Salomón, como hijo de David:

“El edificará casa a mi nombre y yo estableceré su trono por siempre. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo.” (2 Samuel 7:13-14).

4) Más adelante, se anuncia, al rey de Judá, Ezequías, que Dios daría una señal, que consistiría en que una mujer virgen concebiría y daría a luz un hijo; así, pues, ese personaje que Dios mismo engendraría y, por tanto, sería su hijo, ahora se agrega que nacería de una virgen, cosa que nunca sucedió en tiempos del rey Ezequías; pero sucedería en su descendencia; así se le dijo:

“Por eso, el Señor mismo os dará señal: he aquí la virgen concebirá en su vientre y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emmanuel.” (Isaías 7:14), (3/575).

5) Por otro lado, se anuncia que ese ser Salvador, engendrado por Dios, saldría de Belén; ésta es la profecía:

“Y tú, Belén casa de Efrata, pequeña entre las familias de Judá; de ti me saldrá el que dominará en Israel, aun cuando los orígenes de su principio son desde los días de la eternidad.” (Miqueas 5:1), (3/516).

6) Andando el tiempo, se anuncia que ese ser que será engendrado por Dios, y que nacería de una virgen, aparecería como Salvador en una fecha concreta y moriría en otra fecha exacta; el anuncio fue hecho por el ángel Gabriel, en la profecía conocida como “las setenta semanas de Daniel”. La estudiaremos en el **Apéndice 4**.

7) Por tanto, en el capítulo I de esta segunda parte, hemos visto que el mismo Creador se encarnaría como hombre para ser también el Salvador; acontecimiento que se anuncia en una serie de profecías que acabamos de ver en este capítulo II. Pasemos, pues, ahora a observar cómo apareció ese Salvador y cómo realizó la obra de la salvación en cumplimiento de las mencionadas profecías y de otras que no mencionamos en este capítulo.

Capítulo III

LA VENIDA DEL SALVADOR A LA TIERRA

1) Esta venida, que estaba anunciada desde el principio (Génesis 3:15), empezó con la encarnación del Logos-Dios, ejecutor de la obra de la creación, tal como lo afirma el apóstol Juan:

“En el principio, existía el Logos y el Logos estaba con el Dios y Dios era el Logos. [...]. Todas las cosas fueron hechas por él, y, sin él, ni siquiera una cosa hecha llegó a existir. [...]. Y el Logos se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.” (Juan 1:1, 3, 14), (2/320-321).

2) Vemos que, al comienzo de este texto, se afirma que, en el principio (antes de todas las cosas creadas), había dos personas: **el Logos y el Dios**, y los dos son **Dios**; es decir, los dos participan de la **naturaleza divina** o **Divinidad**, igual que dos hombres participan de la **naturaleza humana** o **Humanidad**; y, aunque en ese texto no se dice, el Espíritu Santo es otra persona, que también participa de la naturaleza divina o Divinidad (véase el **Apéndice 5**).

3) Por medio de la encarnación del Logos-Dios, éste llegó a ser **Dios-hombre**; entonces la naturaleza divina quedó oculta en la naturaleza humana; es decir, lo único que se veía era a un hombre llamado Jesús; pero este hombre era hijo de “**el Dios**”, quien pasó a ser su Padre, mientras que el Logos-Dios, en su naturaleza humana, pasó a ser su Hijo, el Hijo que el Padre dio para la salvación del mundo; así lo dice el mismo Jesús:

“Porque tanto amó el Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna.” (Juan 3:16), (2/330).

4) El hecho de la encarnación supuso, para el Logos-Dios, renunciar a su posición de Dios (pero no a su naturaleza divina, pues ésta no puede desaparecer, porque Dios es inmortal), para venir a la Tierra y, participando de la naturaleza humana, ocupar la posición de un esclavo; es decir, el rango más bajo en la escala humana hasta llegar a morir en una cruz; así lo explica el apóstol Pablo:

“Por eso, haya en vosotros los mismos sentimientos que en Cristo Jesús, quien existiendo en naturaleza de Dios, no estimó como cosa a qué aferrarse el ser igual a Dios, sino que se rebajó tomando naturaleza de siervo, nacido semejante a los hombres; y, hallándose en la situación de hombre, se humilló haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” (Filipenses 2:5-8), (2/684), (6/1299).

5) La encarnación se realizó de la forma siguiente:

“[...] el ángel Gabriel fue enviado por el Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María. Y, llegando ante ella, dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo. Pero ella se turbó por esta revelación y se preguntaba qué sería esa salutación. Y el ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia del Dios; y he aquí que concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Éste será grande y será llamado hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será eso, porque no tengo relaciones carnales con varón? Y, respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso también lo santo que es engendrado será llamado Hijo de Dios. [...]. Dijo María: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra. Y se fue de ella el ángel.” (Lucas 1:26-38), (2/201).

6) El hecho de que María estuviera “desposada” con José, y siguiera siendo virgen era debido a que, en Israel, el matrimonio se efectuaba en dos etapas:

1ª) Los prometidos confirmaban su compromiso matrimonial mediante un contrato privado, llamado “*Shitre*, o *escritura de desposorio*”; en esta escritura, establecían las obligaciones mutuas de cada parte, como la dote, etc.; y cada uno seguía viviendo con sus padres.

2ª) Después de un tiempo, en torno a un año, se realizaba el “*Chethubat*” (literalmente, *escrito*) o contrato matrimonial. Entonces se realizaba la boda; el esposo iba a recoger a la esposa, y ambos, con los convidados, iban a la casa que el esposo había preparado para ambos, y allí se celebraba el banquete de bodas. Jesús se refirió a estos acontecimientos en su parábola de “las diez vírgenes” (Mateo 25:1-13). En nuestra obra (5/30-34), está expuesto este asunto con amplia información acompañada de todos los documentos antiguos necesarios.

7) En el tiempo que media entre esos dos momentos que estaban determinados por las leyes de Israel, y que quedaban fijados por esos dos contratos mencionados en el punto precedente, es cuando vino el ángel Gabriel con el anuncio para María, y, tras su aceptación de ser la madre del Hijo de Dios, tuvo lugar la fecundación de ella, como lo indican las palabras del ángel: “lo santo que es engendrado” (en presente, en aquel momento).

8) En torno al hecho de que María fue fecundada sin dejar de ser virgen, se ha inventado desde antiguo un gran misterio casi imposible de comprender por las mentes humanas. No obstante, el hecho en cuestión se reduce a un milagro realizado por el Espíritu Santo. En efecto, en el momento de ser concebido Jesús, María tenía un óvulo que salió de uno de sus ovarios y fue a parar a una de sus trompas de Falloppio, y emprendió el camino hacia el útero; sólo hacía falta que, en el primer tercio del recorrido por dicha trompa, se encontrara con un espermatozoide, que fecundara el óvulo; pero, como María era virgen, era imposible que hubiera un espermatozoide procedente de un hombre en ese lugar de su trompa; por tanto, aquí se produjo el milagro, que consistió en que el Espíritu Santo creó allí un espermatozoide, que fecundó el óvulo, el cual se alojó después en el útero.

9) Por tanto, en el útero de María, sólo se formó la naturaleza humana de Jesús engendrada por un milagro del Espíritu Santo, y no por la intervención de un hombre; y, a esa naturaleza humana de Jesús, se unió (se encarnó) la naturaleza divina del Logos-Dios, la cual no tenía ni padre ni madre; por esto, el hombre llamado Jesús, en su naturaleza humana, era hijo “primogénito” de María, e hijo “primogénito” de Dios; así lo dice el NT:

“[...] y dio a luz (María) a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en el mesón.” (Lucas 2:7).

“[...] ¿a cuál de los ángeles dijo (Dios) alguna vez: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy? Y otra vez: ¿Yo seré para él Padre y él será para mí Hijo? Y otra vez, cuando introduce al primogénito en el mundo, dice: También adórenle todos los ángeles de Dios.” (Hebreos 1:5-6), (2/747-748).

10) Es evidente que, en ese texto de Hebreos 1:5-6, está el cumplimiento de las promesas (o profecías) hechas al hijo de David en el Salmo 2:7 y 2 Samuel 7:13-14, que hemos consignado en el capítulo II, 2-3. Por esto, a Jesús, se le llama “Hijo de David”, y se le aplican esas profecías; porque, además, la palabra griega “uios” (hijo) significa también “descendiente”, por ejemplo en Mateo 1:1.

11) Por lo que se refiere a la profecía de Miqueas 5:1, que hemos copiado en el capítulo II, 5, la cual dice que Jesús nacería en Belén, también se cumplió al pie de la letra, como se afirma en Lucas 2:1-7, y como contestaron los dirigentes judíos cuando Herodes les preguntó dónde nacería el Mesías (Mateo 2:1-6), aunque haya algunos, que, sin aportar ni una prueba, afirman que Cristo no nació en Belén, sino que nació en Nazaret. Esto lo hacen, por una parte, para eludir explicar el problema que supone para ellos el asunto del “censo de Cirino”, de Lucas 2:1-7; véase la explicación en (5/29-41); y, por otra parte, porque desconocen por completo el funcionamiento de las profecías; porque Dios no da una profecía y después influye en los hombres para que actúen de forma que su profecía se cumpla (como podría hacer el presidente de una empresa, para no quedar mal; decía cierto director: “Yo me he comprometido a vender tantas unidades de este producto y, si es necesario, para conseguirlo me alió hasta con el Diablo”). En el caso de Dios, las cosas son de otra forma: él ve anticipadamente lo que van a hacer los hombres usando de su libre albedrío, y, cuando quiere, lo anuncia; y, por eso, la profecía no puede fallar. Por ejemplo, Dios vio que, cuando llegara el nacimiento de Jesús, sus padres tendrían que ir a Belén y Jesús nacería allí, y lo anunció por medio del profeta Miqueas. Ahora bien, si Jesús hubiera nacido en otra población antes de llegar a Belén, Dios habría visto eso anticipadamente y, en lugar de decir que nacería en Belén, habría dicho por medio de Miqueas que nacería en ese otro lugar. En otras ocasiones, el cumplimiento de una profecía sólo depende de la acción de Dios, y él suele anunciarlo (Amós 3:7), como es el caso del anuncio de la concepción de María (Lucas 1:26-37); pero también hay acontecimientos que Dios no quiere revelar, como es la fecha del día de la creación (Génesis 1:1) o la fecha del día de la “parusía” (Mateo 24:36; Hechos 17:31; Deuteronomio 29:29). Así de simple es el funcionamiento de las profecías; y su estudio es interesante porque nos muestra, con antelación, lo que va a suceder; y, por eso, el apóstol Pablo dice: “No despreciéis las profecías.” (1 Tesalonicenses 5:20).

12) Por lo que toca a la profecía de Isaías 7:14, que hemos mencionado en el capítulo II, 4, referente a que “... la virgen concebirá...”, vemos que sucedió igual que con las profecías que se hicieron al hijo del rey David, que luego se cumplieron en Jesús, que era un descendiente de David, como ya hemos visto. Por esto, la profecía dada al rey Ezequías en Isaías 7:14 se cumplió literalmente en Jesús, descendiente de este rey, pues nació de una virgen; por lo que Mateo cita esta profecía aplicándola a la concepción de María cuando era virgen (Mateo 1:18-23). Ahora bien, muchos judíos no aceptaron que la profecía de Isaías 7:14 tuviera su cumplimiento en la concepción de Jesús siendo María virgen; pero el argumento de los judíos sólo se funda en jugar con las diferentes acepciones de la palabra hebrea “almah”. Veamos este argumento expuesto por el judío Trifón a Justino a mediados del siglo II:

“Y Trifón respondió:

“La Escritura no dice: Mirad que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, sino: Mirad que una joven concebirá y dará a luz un hijo, [...]” (7/421).

13) Es evidente que el judío Trifón cambia la palabra “virgen” por la palabra “joven”; pero esa profecía de Isaías 7:14 fue dada al rey Ezequías, de la tribu de Judá; y la profecía le dice: “... el Señor mismo os dará señal: he aquí la virgen concebirá...”. Por consiguiente, hay que tener en cuenta:

a) Que el hecho de que concibiera “una joven” no puede servir de señal para nada ni para nadie, porque eso es un acontecimiento que tiene lugar constantemente por todas partes.

b) Que el hecho de que concibiera una mujer virgen sí es una señal evidente, y eso no ocurrió en la familia del rey Ezequías ni en toda su descendencia hasta llegar a la concepción de Jesús en María; porque, si un acontecimiento así hubiera tenido lugar antes de existir María, el mismo Trifón se habría apresurado a presentar la prueba.

14) Por otra parte, es muy fácil desenmascarar las argucias de Trifón y de todos los que le han seguido usando ese argumento; no obstante, para esto, veamos las acepciones que tiene la palabra “almah” escrita en hebreo por el profeta Isaías:

“doncella, virgen, joven” (8/450).

“chica, joven, muchacha, virgen” (9/936).

15) En efecto, observamos que la palabra hebrea “almah”, entre otras acepciones, significa “**joven**” y “**virgen**”; es decir, el significado de “joven” que elige Trifón, y el significado de “virgen” que usa Mateo 1:23.

16) Ahora nos preguntamos: ¿quién tiene razón, Trifón o Mateo? La respuesta es clara si observamos la secuencia de los acontecimientos:

a) Esa profecía de Isaías 7:14 fue escrita en hebreo por el profeta en el siglo VIII a. C.

b) El texto hebreo de todo el AT fue traducido al texto griego de la Septuaginta (o de los LXX) por los mismos judíos entre los siglos III y I a. C. En este texto griego, tradujeron la palabra “almah” por *parzenos* (parzenos, en griego), que significa “virgen”; y si lo tradujeron así es debido a que sólo con ese significado podía ser “una señal” esa profecía; y porque, en la época que fue traducido, como su cumplimiento estaba en el futuro, los judíos no tenían aún ningún prejuicio en traducir “virgen”, porque no sabían en quién se cumpliría dicha profecía.

c) Después, la profecía se cumplió en María (siendo virgen) de la forma que explica Lucas 1:26-35, texto que hemos traducido más arriba (punto 5).

d) Por otra parte, las citas que toman los escritores del NT del texto del AT son de la versión de la Septuaginta, por lo que no tienen que traducir del texto hebreo al griego, sino que se limitan a copiar la porción de texto que quieren citar, que ya está traducido por los mismos judíos.

e) Por tanto, Mateo, al referirse a la concepción de Jesús en María, que había sucedido como dice el relato de Lucas, aplica, a ese acontecimiento, la profecía de Isaías 7:14 en la que los judíos habían escrito en griego la palabra “virgen”; así que Mateo sólo copió esta palabra, que había sido escrita en griego por los judíos, antepasados del mismo Trifón.

17) Por tanto, Trifón y los que le han seguido a través de los siglos (y le siguen aún, 64/670) sólo contradicen el Evangelio por falta de instrucción académica o por abundancia de mala intención, o por anticlericalismo, o por congraciarse con los judíos, como hace Benedicto XVI, que, en contra de lo que afirma Mateo 1:23, dice que Isaías 7:14 no se ha cumplido todavía (162/24).

18) Por consiguiente, a pesar de que muchos pretendan negar la realidad de los hechos (véase el **Apéndice 6**), el Salvador, prometido en las profecías del AT, apareció en Belén, donde fue anunciado y aclamado por los ángeles:

“Había en la región unos pastores que pernoctaban al raso, y de noche se turnaban velando sobre su rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvía con su luz. Díjoles el ángel: No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: ‘Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.’” (Lucas 2:8-14). En ese momento, se cumplió la orden dada en Hebreos 1:6, que dice así:

“[...] cuando introduce a su primogénito en el mundo, dice también: Adórenle todos los ángeles de Dios.” (2/748).

19) Hasta aquí hemos visto cómo el cumplimiento de las profecías que anunciaban, desde el principio, la venida del Salvador, tuvo lugar con la encarnación y el nacimiento de Cristo en Belén. Los hechos históricos en torno a este acontecimiento, tales como la fecha de la muerte del rey Herodes el Grande, el censo de Augusto, mencionado por Lucas 2:1-7; el error en la fecha del nacimiento de Jesús cometido por Dionisio el Exiguo, etc., están ampliamente tratados en la obra (5/11-41). Por tanto, pasemos ahora a ver la obra de la salvación realizada por Jesús, nacido en Belén.

Capítulo IV

**LA OBRA DE LA SALVACIÓN
EN EL ANTIGUO TESTAMENTO****A) La alianza de Yavé con el pueblo de Israel.**

1) Algunos entienden, por la palabra “Ley”, “los diez mandamientos del Decálogo”, a los que también llaman “la ley de Dios”; he aquí un ejemplo:

“Los mandamientos de la ley de Dios son diez.” (10/19).

2) Desde el momento que alguien entiende la palabra “ley” de esa forma, deja de entender lo que significa esa palabra en la Biblia. En efecto, en la Biblia, la palabra “ley” significa todo el contenido de los cinco libros de Moisés, incluidos los diez mandamientos; es decir, todo el Pentateuco, mientras que “el Decálogo” recibe el nombre de “el testimonio”; veamos algunos ejemplos:

“Y acabado que hubo Moisés de escribir en un libro las palabras de esta Ley, hasta terminarla, mandó a los levitas que llevaban el arca de la alianza de Yavé, diciendo: ‘Tomad este libro de la Ley y ponedlo al lado del arca de la alianza de Yavé, nuestro Dios, que esté allí como testimonio contra ti; [...]’.” (Deuteronomio 31:24), (3/346).

“En el arca pondrás el testimonio que yo te daré” (Éxodo 25:16).

“Cuando hubo acabado Yavé de hablar a Moisés en la montaña del Sinaí, le dio las dos tablas del testimonio, tablas de piedra, escritas por el dedo de Dios.” (Éxodo 31:18).

“Volvióse Moisés y bajó de la montaña, llevando en sus manos las dos tablas del testimonio, que estaban escritas de ambos lados, por una y otra cara. Eran obra de Dios, lo mismo que la escritura grabada sobre las tablas.” (Éxodo 32:15-16).

3) Cuando Moisés bajaba del monte con las dos tablas de piedra, vio que su pueblo estaba adorando un becerro de oro; entonces, Moisés arrojó contra el suelo las dos tablas de piedra y las rompió; pero Dios le mandó que él mismo preparase otras dos tablas de piedra y subiera con ellas al monte; Moisés volvió a subir al monte, y Yavé volvió a escribir los diez mandamientos en esas dos tablas de piedra, las cuales guardó Moisés dentro del arca:

“Yo me volví y bajé de la montaña que estaba toda en fuego, trayendo en mis manos las dos tablas de la alianza; miré y vi que habíais pecado contra Yavé, nuestro Dios; os habíais hecho un becerro fundido, apartándoos bien pronto del camino que Yavé os había prescrito; tomé entonces las dos tablas y con mis manos las tiré, rompiéndolas ante vuestros ojos.” (Deuteronomio 9:15-17).

“Entonces me dijo Yavé: ‘Hazte dos tablas de piedra como las primeras, y sube a mí a la montaña; haz también un arca de madera; yo escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban escritas sobre las primeras que tú rompiste, y las guardarás en el arca’. Hice, pues, un arca de madera de acacia, y habiendo cortado dos tablas de piedra como las primeras, subí con ellas a la montaña. El escribió sobre esas tablas lo que estaba escrito en las primeras, los diez mandamientos que Yavé os había dicho en la montaña de en medio del fuego el día de la congregación, y me las dio. Yo me volví, y bajando de la montaña puse las tablas en el arca que había hecho, y allí han quedado, como Yavé me mandó.” (Deuteronomio 10:1-5).

4) Cuando Dios había dado, a Moisés, por una parte, el libro de la Ley, el Pentateuco (la Torá, para los judíos), que contenía toda la legislación de Israel, y que fue colocado al lado del arca, y, por otra parte, las dos tablas de piedra con el decálogo, que fue colocado dentro del arca, Dios hizo una alianza (pacto o testamento) con el pueblo de Israel; en esa alianza, una parte era Yavé, y la otra parte era el pueblo de Israel, que se comprometió a obedecer a Dios en todos los mandamientos que él les había dado por medio de Moisés en el libro de la Ley (incluido el decálogo, que era el testimonio); entonces, el mediador entre las dos partes que hicieron esa alianza fue Moisés, que ratificó (o selló) esa alianza con sangre de animales:

“Y dijo a Moisés: ‘Sube a Yavé tú, Arón, Nadab y Abiú, con setenta de los ancianos de Israel, y adorareis desde lejos. Sólo Moisés se acercará a Yavé, pero ellos no se acercarán, ni subirá con ellos el pueblo’. Vino, pues, Moisés y transmitió al pueblo todas las palabras de Yavé y sus leyes, y el pueblo a una voz respondió: ‘Todo cuanto ha dicho Yavé lo cumpliremos’. Escribió Moisés todas las palabras de Yavé. Levantóse de mañana, y alzó al pie de la montaña un altar y doce piedras, por las doce tribus de Israel; y encargó a algunos jóvenes, hijos de Israel, que ofrecieran a Yavé holocaustos e inmolaran toros, víctimas pacíficas a Yavé. Tomó Moisés la mitad de la sangre, poniéndola en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Tomando después el libro de la alianza, se lo leyó al pueblo, que respondió: ‘Todo cuanto dice Yavé lo cumpliremos y obedeceremos’. Tomó él la sangre y aspergió al pueblo, diciendo: ‘Esta es la sangre de la alianza que hace con vosotros Yavé sobre todos estos preceptos’.” (Éxodo 24:1-8).

5) He ahí la alianza (o testamento o pacto) que Yavé hizo con el pueblo de Israel, dándole la “Ley” (= la Torá), que es todo el conjunto de leyes contenidas en el Pentateuco; por tanto, vivir durante ese período era “estar bajo la Ley”; es decir, vivir bajo el régimen de las leyes contenidas en el Pentateuco. Ahora bien, ¿cómo era la salvación durante el tiempo que duró esa alianza? Veamos esto en el apartado siguiente.

B) La salvación durante el tiempo de esa alianza.

1) En esa época, por medio de un sistema de sacrificios de animales, que simbolizaban el sacrificio del Mesías, que había de venir, se obtenía la justificación de los pecados y, por ende, la salvación; pero esos sacrificios de animales estaban regulados y explicados en las leyes contenidas en el Pentateuco. Ahora bien, en el Pentateuco (o la Ley), había un conjunto de leyes, cuyos mandamientos se referían a todos los aspectos de la vida de los israelitas: la vida civil, religiosa, laboral, agrícola, sanitaria, social, etc. Esa legislación debería causar admiración en aquella época, tal como dijo Moisés:

“Mirad: Yo os he enseñado leyes y mandamientos, como Yavé, mi Dios, me los ha enseñado a mí, para que los pongáis por obra en la tierra en que vais a entrar para poseerla. Guardadlos y ponédlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que, al conocer todas estas leyes, se dirán: Sabía e inteligente es, en verdad, esta gran nación. Porque ¿cuál es en verdad la nación que tenga dioses tan cercanos a ella, como Yavé, nuestro Dios, ¿siempre que le invocamos? Y ¿cuál la gran nación que tenga leyes y mandamientos justos, como toda esta Ley que yo os propongo hoy? Cuida, pues, con gran cuidado no olvidarte de cuanto con tus ojos has visto y no dejarlo escapar de tu corazón por todos los días de tu vida; antes bien, enséñaselo a tus hijos y a los hijos de tus hijos.” (Deuteronomio 4:5-9).

2) Ahora, para ver cómo era la salvación durante el tiempo que duró esa alianza, debemos considerar los mandamientos de esa Ley que decían lo que era pecado, y cómo se obtenía la justificación (o perdón) de ese pecado. Ateniéndonos a este aspecto de la Ley, hallamos que hay, en ella:

a) Mandamientos que ordenan hacer cosas buenas, como, por ejemplo:

*) **Deuteronomio 6:5**, donde se manda amar a Dios.

*) **Levítico 19:18**, donde se ordena amar al prójimo. Jesús dijo que esos dos mandamientos son los más grandes, y agregó que de esos dos mandamientos depende toda la Ley (= el Pentateuco) y los profetas (Mateo 22:34-40). Es decir, que, si uno no ama a Dios ni al prójimo, todo lo que ha dicho Yavé por medio de Moisés y de los profetas no le sirve para nada. Además, hay que ver que esos dos principales mandamientos no están en el Decálogo, pero sí están en la Ley; por tanto, considerar que la Ley es el Decálogo resulta una atrocidad y un obstáculo para la interpretación de toda la Biblia.

*) **Levítico 19:32**, donde se manda honrar a los ancianos; este mandamiento tampoco está en el Decálogo; pero sí está en la Ley.

*) **Éxodo 20:12**, donde se ordena honrar a los padres; este mandamiento está en el Decálogo y en la Ley; etc.

b) Mandamientos que prohíben hacer cosas malas, como, por ejemplo:

*) **Levítico 18:23**, que prohíbe las relaciones sexuales de las personas con los animales.

*) **Levítico 19:11**, que prohíbe el hurto, el engaño y la mentira.

*) **Levítico 19:13**, que prohíbe la opresión y el robo.

*) **Levítico 19:15**, que prohíbe los juicios injustos.

*) **Éxodo 20:3**, que prohíbe tener cualquier otro dios además de Yavé.

*) **Éxodo 20: 4-6**, que prohíbe hacer imágenes y darles cualquier clase de culto.

*) **Éxodo 20:13**, que prohíbe el asesinato.

*) **Éxodo 20:16**, que prohíbe dar falso testimonio.

*) **Éxodo 20:17**, que prohíbe la codicia.

*) **Deuteronomio 16:19**, que prohíbe el soborno.

*) **Deuteronomio 18:11**, que prohíbe el espiritismo y la adivinación; etc.

3) La infracción de cualquiera de estos mandamientos contenidos en esos dos grupos (a-b), y de otros muchos más que no citamos ahí, es lo que constituía el pecado, como dijo más tarde el apóstol Juan:

“El que comete pecado traspasa la Ley, porque el pecado es transgresión de la Ley.” (1 Juan 3:4).

4) Cuando un israelita cometía pecado por infringir algún mandamiento de la Ley, otros mandamientos de esta misma Ley señalaban la sentencia del infractor: en algunos casos la sentencia era pena de muerte, como, por ejemplo:

*) **Levítico 20:9**, en caso de maldecir a los padres.

*) **Levítico 20:15-16**, en caso de relaciones sexuales con animales.

*) **Levítico 20:27**, en caso de adivinación o espiritismo; etc.

5) La pena de muerte se aplicaba por lapidación (Levítico 20:27) o colgando al reo en un madero; en este caso, el reo era considerado como un maldito (Deuteronomio 21:22-23).

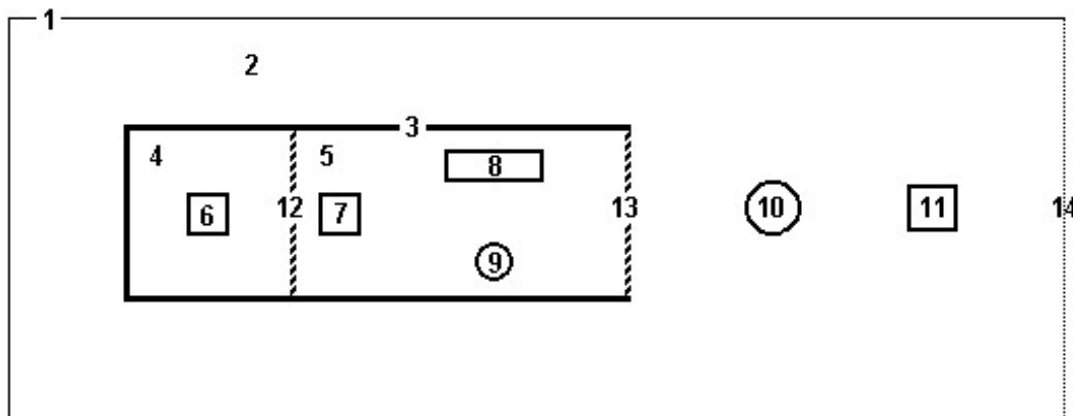
6) Ahora bien, cuando la infracción de la Ley no era castigada con pena de muerte, había otros mandamientos de la misma Ley, que ordenaban, al pecador (además de una restitución en ciertos casos), todas las obras que debía realizar, para que, por medio del sacrificio de un animal, obtuviera el perdón de su pecado; incluso la Ley explicaba todo lo que tenía que hacer el pecador para llevar a cabo el sacrificio del animal, y, así, obtener el perdón y quedar justificado.

7) Antes de ver las obras que tenía que realizar el pecador para obtener el perdón, observemos cómo era el santuario donde se realizaban dichos sacrificios:

“Y el primer pacto tenía su ceremonial y su santuario terrestre. Fue constituido un tabernáculo, y en él una primera estancia, en que estaban el candelabro, y la mesa, y los panes de la proposición. Esta estancia se llamaba el Santo. Después del segundo velo, otra estancia del tabernáculo, que se llamaba el Santo de los Santos, en el que estaba el altar de oro de los perfumes (sic, este altar estaba en el Santo, según Éxodo 30:6) y el arca de la alianza, cubierta toda ella de oro, y en la que había un vaso de oro, que contenía el maná, la vara de Arón, que había reverdecido, y las tablas de la alianza. Encima del arca estaban los querubines de la gloria, que cubrían el propiciatorio, de los cuales nada hay que decir en particular. Dispuestas así las cosas, en la primera estancia del tabernáculo entraban cada día los sacerdotes que desempeñaban sus ministerios; pero en la segunda, una sola vez en el año entraba el pontífice solo, no sin haber ofrecido la sangre en expiación por los pecados de ignorancia de él y del pueblo.” (Hebreos 9:1-7). (2/762).

8) En esa explicación del “santuario”, se habla del “segundo velo”, porque el primero estaba en la entrada de la primera estancia; además había un territorio alrededor del santuario, acotado con una especie de vallado; esto era el atrio, donde estaba el altar de los holocaustos (que tenía una especie de “cuerno” en cada una de las cuatro esquinas) y una pila de bronce para lavarse los sacerdotes las manos y los pies antes de officiar en el santuario (según Éxodo 27:1-18; 30:17-21). Veamos todo esto en el siguiente gráfico:

Esquema del Santuario:



- 1.- Santuario (Éxodo 25:8).
- 2.- Atrio (Éxodo 27:9-19; 38:9-20; 40:8).
- 3.- Tabernáculo (Éxodo 26:1-30; 36:8-38).
- 4.- Lugar santísimo (Éxodo 26:33).
- 5.- Lugar santo (Ib.).
- 6.- Arca del testimonio con el propiciatorio (Éxodo 25:10-22; 26:33-34; 37:1-9).
- 7.- Altar del incienso (Éxodo 30:1-6; 37:25-28).
- 8.- Mesa para el pan de la proposición (Éxodo 25:23-30; 26:35; 37:10-16).
- 9.- Candelabro de oro (Éxodo 25:31-40; 26:35; 37:17-24).
- 10.- Fuente de bronce (Éxodo 30:17-21; 40:7).
- 11.- Altar de los holocaustos (Éxodo 38:1-8; 40:6).
- 12.- Velo de separación entre el lugar santo y el lugar santísimo (Éxodo 26:31-33).
- 13.- Velo para la puerta del tabernáculo (Éxodo 26:36-37; 36:37).
- 14.- Cortina para la puerta del atrio (Éxodo 27:16; 40:8).

a) En tiempos de Cristo, todo ese esquema del Santuario era diferente. El tabernáculo era lo que se llamaba el Santuario; el atrio era llamado **atrio de los sacerdotes**; en torno a éste, estaba el **atrio de Israel**; a continuación de la parte oriental de

éste, se hallaba el **atrio de las mujeres**; y, en torno a estos dos últimos atrios, estaba el **atrio de los gentiles**; entre unos atrios y otros, y rodeando todos, había una multitud de columnatas y diversos edificios; el conjunto de todas estas instalaciones era lo que constituía el **Templo**; al cual ya no se accedía a través de una cortina, como en tiempos de Moisés se entraba al atrio; sino que había una serie de puertas; una de ellas, situada en la parte oriental, llamada la Hermosa, fue escenario de un célebre milagro realizado por el apóstol Pedro (Hechos 3:1-10). Por otra parte, tampoco había un velo en la entrada del lugar santo, sino una puerta; por lo que, desaparecida la cortina de acceso al atrio y el velo de entrada al Lugar Santo, sólo quedaba, en el Templo, el velo que hacía separación entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo; pero este velo era doble; es decir, se trataba de dos telas gruesas que pendían una junto a la otra:

“El Santuario en sí estaba en una terraza más elevada que el Patio (o atrio) de los sacerdotes. Doce escalones llevaban a su pórtico, que se extendía más allá y a cada lado (norte y sur). [...] El Pórtico estaba adornado por presentes votivos y conspicuos; entre ellos había una parra de oro enorme. Una puerta de dos niveles se abría hacia el Santuario mismo, que se dividía en dos partes a su vez. El Lugar Santo tenía el Candelabro de oro (sur), la Mesa de los panes de la proposición (norte) y el altar de incienso, entre ellos. Un doble velo de tela gruesa y pesada cerraba la entrada al Lugar Santísimo, que en el segundo Templo estaba vacío; no había en él nada más que un pedazo de roca, llamada la *Ebhen Shethiyah*, o Piedra del Fundamento, [...]. Pero todo esto no da idea adecuada de la inmensidad de los edificios del Templo. Porque alrededor del Santuario y de cada uno de los patios había varias cámaras y cobertizos que servían propósitos distintos relacionados con los servicios del Templo.” (69/tomo 1, p. 288).

b) Al parecer, ese doble velo era considerado como uno solo, pues, cuando se rompió en el momento de la muerte de Cristo, sólo se hace referencia al velo (Mateo 27:51). Es posible que el hecho de ser el velo doble fuera con el fin de tener mayor seguridad de que nadie pudiera mirar al interior del Lugar Santísimo con sólo retirar o doblar el extremo junto a una pared; porque, como el velo estaba extendido en dirección Norte-Sur, da la impresión que el primer velo estaba fijado a la pared del Norte, mientras que el segundo velo estaba fijado a la pared del Sur; de esa forma, aunque alguien doblara el extremo que estaba suelto del primer velo, no podía ver el interior del Lugar Santísimo, porque se encontraba con el segundo velo, que, en ese extremo, estaba fijado a la pared. Por esta causa, debía ser que, cuando el sumo sacerdote iba a entrar en el Lugar Santísimo, pasaba al interior del primer velo por el lado de la pared del sur; después marchaba entre los dos velos, y, por junto a la pared del norte, pasaba al otro lado del segundo velo, y así accedía al interior del Lugar Santísimo. Los rabinos, que hablan de estos dos velos, explican ese recorrido que hacía el sumo sacerdote, para entrar en el Lugar Santísimo:

“Los rabinos hablan de dos velos, y dicen que el sumo sacerdote entraba por el borde del sur del primer velo, y luego caminaba hasta que llegaba al borde del norte del segundo velo, por donde entraba en el lugar santísimo.” (18/69, nota 29).

9) Los sacrificios que se realizaban en ese santuario (que después fue sustituido por el templo de Jerusalén), para obtener el perdón (o justificación) de los pecados se hacían según estaba indicado en la Ley; veamos algunos ejemplos:

a) Cuando se trataba de un sacerdote que había pecado:

“Yavé habló a Moisés, diciendo: ‘Habla a los hijos de Israel, y diles: Si pecare alguno por ignorancia, haciendo algo contra cualquiera de los mandamientos prohibitivos de Yavé e hiciere alguna de estas cosas: Si es sacerdote ungido el que peca, haciendo así culpable al pueblo, ofrecerá a Yavé por su pecado un novillo sin defecto en sacrificio expiatorio. Llevará el novillo a la entrada del tabernáculo de la reunión ante Yavé, y después de poner la mano sobre su cabeza, lo degollará ante Yavé. El sacerdote ungido tomará la sangre del novillo y la llevará al tabernáculo de la reunión, y mojado su dedo en la sangre, hará siete aspersiones ante Yavé hacia el velo del santuario; untará de ella en los cuernos del altar del timiama (incienso o perfume), y derramará todo el resto de la sangre del novillo en torno del altar de los holocaustos, que está a la entrada del tabernáculo de la reunión. Tomará luego el sebo del novillo sacrificado por el pecado, el sebo que cubre las entrañas y cuanto hay sobre ellas, los riñones con el sebo que los cubre y el que hay entre ellos y los lomos, y la redcilla del hígado sobre los riñones, como se toma en el novillo del sacrificio pacífico, y lo quemará en el altar de los holocaustos. La piel del novillo, sus carnes, la cabeza, las piernas, las entrañas y los excrementos, lo llevará todo fuera del campamento a un lugar puro, donde se tiran las cenizas, y lo quemará sobre leña. Se quemará en el lugar donde se tiran las cenizas.’” (Levítico 4:1-12).

b) Si había pecado todo el pueblo, para obtener el perdón, se procedía así:

“Si fuere la asamblea toda del pueblo la que por ignorancia pecare sin darse cuenta, haciendo algo que los mandamientos de Yavé prohíben, incurriendo así en culpa; al darse cuenta la asamblea del pecado cometido, ofrecerá en sacrificio expiatorio un novillo, que se llevará a la entrada del tabernáculo de la reunión. Los ancianos de la asamblea pondrán sus manos sobre la cabeza del novillo y lo degollarán ante Yavé; el sacerdote ungido llevará la sangre del novillo ante Yavé en el tabernáculo de la reunión, y mojado su dedo en la sangre, aspergerá siete veces ante Yavé hacia el velo; untará de sangre los cuernos del altar, que está ante Yavé en el tabernáculo de la reunión, y la derramará al pie del altar de los holocaustos, que está a la entrada del tabernáculo de la reunión. Luego tomará todo el sebo del novillo y lo quemará en el altar, haciendo con este novillo como con el novillo anterior. Así los

expiará el sacerdote y les será perdonado. Llevará el novillo fuera del campamento, y lo quemará como el anterior. Este es el sacrificio por el pecado de la asamblea de los hijos de Israel.” (Levítico 4:13-21).

c) Si el pecado era cometido por “un príncipe del pueblo”, éste debería hacer lo siguiente, para obtener el perdón:

“Si el que pecó es un príncipe del pueblo, haciendo por ignorancia algo de lo que los mandamientos de Yavé, su Dios, prohíben, incurriendo así en culpa, al darse cuenta del pecado cometido, llevará como ofrenda un macho cabrío sin defecto, pondrá su mano sobre la cabeza, y lo degollará en el lugar donde se degüellan los holocaustos a Yavé; es el sacrificio por el pecado. El sacerdote mojará su dedo en la sangre de la víctima y untará de ella los cuernos del altar de los holocaustos, y la derramará al pie del altar. Después quemará todo el sebo en el altar, como se quema en los sacrificios pacíficos. Así le expiará el sacerdote de su pecado, y le será perdonado.” (Levítico 4:22-26).

d) Si el que cometía el pecado era una persona del pueblo, tenía que hacer las obras siguientes para conseguir el perdón:

Si el que por ignorancia pecó es uno del pueblo, haciendo algo que Yavé ha prohibido hacer, e incurriere así en culpa, al caer en la cuenta de su pecado, llevará en ofrenda una cabra sin defecto, hembra, por el pecado cometido; pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima por el pecado, y la degollará en el lugar donde se ofrecen los holocaustos. El sacerdote mojará su dedo en la sangre de la víctima, untará de ella los cuernos del altar de los holocaustos y la derramará al pie del altar. Después, tomando todo el sebo, como en el sacrificio pacífico, lo quemará en el altar en suave olor a Yavé. Así le expiará el sacerdote, y le será perdonado. Si lo que ofrece en sacrificio por el pecado es cordero, llevará una cordera sin defecto, pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima por el pecado, y la degollará en sacrificio de expiación en el lugar donde se ofrecen los holocaustos. El sacerdote mojará su dedo en la sangre de la víctima, y untará de ella en los cuernos del altar de los holocaustos, y derramará la sangre al pie del altar. Después, tomando el sebo, como en el sacrificio pacífico, lo quemará en el altar sobre las combustiones de Yavé. Así le expiará el sacerdote por el pecado cometido.” (Levítico 4:27-35).

e) Hasta aquí, se trata de lo que podríamos llamar “la regla general”; después se alude a casos particulares en los que también se ofrece un animal por el pecado: oveja, cabra, carnero, dos tórtolas o dos pichones, e incluso, por causa de pobreza, “un décimo de efá de flor de harina.” (Levítico 5:1-26).

10) Por otra parte, hemos de considerar que todas estas obras que se hacían ordenadas por la Ley, para obtener el perdón, tenían un carácter simbólico; en efecto, cuando el pecador ponía su mano sobre la cabeza del animal, antes de sacrificarlo por su pecado, este pecado simbólicamente pasaba al animal y, mediante la sangre de este animal, el pecado pasaba a todos los sitios untados de sangre por el sacerdote oficiante. Por consiguiente, todos esos lugares manchados de sangre estaban llenos de pecados. Por esto, una vez al año, se purificaba el santuario, para limpiar todos esos pecados; esto se hacía en un día llamado de la “expiación” (o purificación) del santuario, que tenía lugar el día diez del mes séptimo:

“Yavé habló así a Moisés: ‘El día décimo del séptimo mes es el día de la expiación; tendréis asamblea santa, os mortificaréis y ofreceréis a Yavé sacrificios de combustión. No haréis en ese día ningún trabajo servil, porque es día de expiación y se ha de hacer la expiación por vosotros ante Yavé, vuestro Dios. [...]’.” (Levítico 23:26-28).

11) Para ver cómo se desarrollaba la ceremonia anual de la expiación en ese día décimo, hemos de observar que nadie podía entrar en la parte del santuario llamada “santo de los santos” (o lugar santísimo), que era el lugar donde se manifestaba la gloria de Dios sobre el propiciatorio, que era la cubierta del “arca del testimonio”. Sólo el sumo sacerdote entraba en ese lugar en dicho día de la expiación, según este ceremonial:

a) En primer lugar, mediante el sacrificio de un novillo, hacía la expiación por sí mismo y por su familia entrando con la sangre ante la presencia de Dios:

“[...], dijo Yavé a Moisés: Di a tu hermano Arón que no entre nunca en el santuario a la parte interior del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, no sea que muera, pues yo me muestro en la nube sobre el propiciatorio. He aquí el rito según el cual entrará Arón en el santuario: Tomará un novillo para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto. [...] Arón ofrecerá el novillo del sacrificio por el pecado, haciendo la expiación por sí y por su casa. Después de degollar su novillo por el pecado, tomará del altar un incensario lleno de brasas encendidas, de ante Yavé, y dos puñados de timiama (incienso) pulverizado, lo llevará todo detrás de la cortina; echará el timiama en el fuego ante Yavé, para que la nube del incienso cubra el propiciatorio que está sobre el testimonio y no muera. Tomando luego la sangre del novillo, aspergerá con su dedo el frente del propiciatorio, haciendo con el dedo siete aspersiones.” (Levítico 16:2-3, 11-14).

b) Una vez que el sumo sacerdote, Arón, había quedado purificado (o expiado) de sus pecados mediante la aspersión de la sangre del novillo ante Yavé, que se manifestaba en el propiciatorio, se realizaba la expiación del pueblo, que consistía en las siguientes partes:

1ª) Se cogían dos machos cabríos: uno para Yavé, y otro para Azazel (= el Diablo), y se sorteaban:

“Tomará después dos machos cabríos, y presentándolos ante Yavé a la entrada del tabernáculo de la reunión, echará sobre ellos las suertes, una la de Yavé, otra la de Azazel.” (Levítico 16:7-8).

2ª) Después, Arón sacrificaba, por el pecado, el macho cabrío de Yavé, y el otro quedaba vivo:

“Arón hará acercar el macho cabrío sobre el que cayó la suerte de Yavé, y lo ofrecerá en sacrificio por el pecado; el macho cabrío sobre el que cayó la suerte de Azazel le presentará vivo ante Yavé, para hacer la expiación y soltarle después a Azazel.” (Levítico 16:9-10).

3ª) Tras el sacrificio de ese macho cabrío, que era para expiar al pueblo, Arón, con la sangre de ese animal, purificaba el santuario; es decir, todos los lugares donde, a lo largo del último año, se habían depositado pecados mediante la sangre de los sacrificios para el perdón de los pecados del pueblo:

“Degollará el macho cabrío expiatorio del pueblo, y llevando su sangre detrás del velo, hará como con la sangre del novillo, aspergerá sobre el propiciatorio y delante de él, y así purificará el santuario de las impurezas de los hijos de Israel y de todas las transgresiones con que hayan pecado. Lo mismo hará con el tabernáculo de la reunión, que está entre ellos, en medio de sus impurezas. Que no haya nadie en el tabernáculo de la reunión desde que él entre para hacer la expiación del santuario hasta que salga, hecha la expiación por sí y por su casa y por toda la asamblea de Israel. Después irá al altar que está ante Yavé y hará la expiación de él, y tomando sangre del novillo y sangre del macho cabrío, untará de ella los cuernos del altar todo en torno; hará con su dedo siete veces la aspersión de sangre, y le santificará y le purificará de las impurezas de los hijos de Israel.” (Levítico 16:15-19).

4ª) Por medio de esa purificación (o expiación) con dicha sangre, todos los pecados, que habían sido depositados en esos lugares a lo largo del último año, pasaban simbólicamente a la persona de Arón; después, éste, poniendo sus manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, confesaba esos pecados, que, así, pasaban desde Arón a ese macho cabrío; a continuación, un hombre llevaba el macho cabrío cargado con dichos pecados al desierto y allí lo soltaba; así el santuario y el pueblo quedaban purificados de todos sus pecados una vez cada año:

“Hecha la expiación del santuario, del tabernáculo de la reunión y del altar, presentará el macho de cabrío vivo; pondrá Arón sus dos manos sobre la cabeza del macho de cabrío vivo, confesará sobre él todas las culpas, todas las iniquidades de los hijos de Israel y todas las transgresiones con que han pecado, y las echará sobre la cabeza del macho cabrío, y lo mandará al desierto por medio de un hombre designado para ello. El macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada, y el que lo lleve lo dejará en el desierto. Después Arón entrará en el tabernáculo de la reunión y se desnudará de las vestiduras de lino, que se vistió para entrar en el santuario; y quitadas, se lavará su cuerpo con agua en el lugar santo, y se pondrá sus vestiduras. Saldrá luego, ofrecerá su holocausto y el del pueblo, hará la expiación por sí y por el pueblo, y quemará en el altar el sebo del sacrificio por el pecado. El que hubiere ido a soltar el macho cabrío de Azazel, lavará sus vestidos y bañará en agua su cuerpo, después de lo cual podrá entrar en el campamento. [...]. Esta será para todos ley perpetua; el séptimo mes, el día diez del mes, mortificaréis vuestras personas y no haréis trabajo alguno, ni el indígena ni el extranjero que habita en medio de vosotros; porque en ese día se hará la expiación por vosotros para que os purifiquéis y seáis purificados ante Yavé de todos vuestros pecados. Será para vosotros día de descanso, sábado, y mortificaréis vuestras personas. Es ley perpetua.” (Levítico 16:20-26, 29-31).

12) Hasta aquí, hemos visto las obras que indicaba la Ley que había que hacer, para conseguir el perdón de los pecados y, por ende, la salvación en la época de la alianza que Yavé hizo con los israelitas por intermedio de Moisés; pero esa alianza sería cambiada por el mismo Yavé.

C) Yavé anuncia una nueva alianza.

1) Hemos visto (en el apartado A) que, cuando Yavé hizo la alianza con el pueblo de Israel por intermedio de Moisés, los israelitas se comprometieron a obedecer a Dios en todos sus mandamientos:

“Vino, pues, Moisés y transmitió al pueblo todas las palabras de Yavé y sus leyes, y el pueblo a una voz respondió: ‘Todo cuanto ha dicho Yavé lo cumpliremos’.” (Éxodo 24:3).

2) Ahora bien, si leemos la historia de Israel, en la Biblia, observamos que Yavé acusa a los israelitas de no cumplir esa alianza (o pacto):

“Yavé advertía a Israel y a Judá por todos sus profetas, y les decía: ‘Convertíos de vuestros perversos caminos y guardad mis leyes y mis mandamientos, siguiendo fielmente la Ley que yo prescribí a vuestros padres y os he inculcado por medio de mis siervos los profetas’. Pero ellos no le escucharon y endurecieron su cerviz, como lo habían hecho sus padres, que no creyeron en Yavé, su Dios. Rechazaron sus leyes y la alianza que había hecho con sus padres y las amonestaciones que les había hecho. Se fueron tras las vanidades, y cayeron así ellos mismos en la vanidad, como los pueblos que los rodeaban, a quienes Yavé les había prohibido imitar.” (2 Reyes 17:13-15).

“No guardaron la alianza de Dios y rehusaron seguir su ley. [...].

“Y le alagaban con su boca, pero con su lengua le mentían, y su corazón no era constante hacía El, ni eran fieles a su alianza.” (Salmo 78:10, 36-37).

“Y me dijo Yavé: Se han confabulado los varones de Judá y los moradores de Jerusalén. Han vuelto a las iniquidades de sus primeros padres, que rehusaron oír mis palabras, y se han ido tras dioses ajenos para servirles. La casa de Israel y la de Judá han roto el pacto que hice con sus padres.” (Jeremías 11:9-10).

3) Las transgresiones de esta alianza realizadas por los israelitas dieron lugar a que Yavé anunciara que, en el futuro, haría una nueva alianza con ellos en sustitución de la alianza hecha con sus antepasados por medio de Moisés, cuando salieron de Egipto:

“He aquí que vienen días – oráculo de Yavé – en que yo haré alianza con la casa de Israel y la casa de Judá, no como la alianza que hice con sus padres cuando, tomándolos de la mano, los saqué de la tierra de Egipto, pues ellos quebrantaron mi alianza y yo los rechacé – oráculo de Yavé -. Porque ésta será la alianza que yo haré con la casa de Israel después de aquellos días, oráculo de Yavé: Yo pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. No tendrán que enseñarse unos a otros ni los hermanos entre sí, diciendo: ‘Conoced a Yavé’, sino que todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes, oráculo de Yavé, porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados.” (Jeremías 31:31-34).

4) Por tanto, esta nueva alianza que Yavé anuncia en el siglo VI a. C., que haría en el futuro, fue la alianza hecha por medio del Mesías, y que él mismo ratificó con su sangre; así lo afirmó:

“Y tomando una copa y habiendo dado gracias, se la dio, diciendo: bebed de ella todos, porque eso es mi sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos para perdón de los pecados.” (Mateo 26:27-28). (2/102), (11/591).

5) Esto nos lleva a considerar cómo es la salvación en los tiempos de esa nueva alianza a partir de la muerte de Jesús.

Capítulo V

**LA OBRA DE LA SALVACIÓN
EN EL NUEVO TESTAMENTO****A) Comienzo del ministerio de Jesús:**

1) El Mesías, llamado como hombre Jesús, que vino a este mundo por medio de su nacimiento en Belén, comenzó la obra de la salvación siendo ungido con el Espíritu Santo, y presentado por su Padre al mundo en el momento de su bautismo:

“Bautizado Jesús, salió luego del agua; y he aquí que se abrieron los cielos, y vio al Espíritu de Dios descender como paloma y venir sobre él, mientras una voz del cielo decía: ‘Este es mi hijo amado, en quien tengo mi complacencia’.” (Mateo 3:16-17).

2) Así lo reconoció Jesús mismo y, más tarde, los apóstoles:

“Vino a Nazaret, donde se había criado, y, según costumbre, entró el día de sábado en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron un libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, dio con el pasaje donde está escrito: ‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor’. Y enrollando el libro, se lo devolvió al servidor y se sentó. Los ojos de cuantos había en la sinagoga estaban fijos en El. Comenzó a decirles: Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír.” (Lucas 4:16-21).

“Vosotros sabéis lo acontecido en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo predicado por Juan (el Bautista); esto es, cómo a Jesús de Nazaret le ungió el Dios con el Espíritu Santo y con poder, y cómo pasó haciendo bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque el Dios estaba con él.” (Hechos 10:37-38). (2/457).

3) Jesús, tras su bautismo y unguimiento con el Espíritu Santo, pasó cuarenta días de ayuno en el desierto, donde fue tentado por el Diablo (Mateo 4:1-11).

4) Después de esos cuarenta días, Jesús comenzó a predicar, y sus discípulos se fueron uniendo a él, según Lucas 3:21-22; Juan 1:19-51; Marcos 1:9-15).

5) En su predicación, Jesús decía que el tiempo se había cumplido; éstas eran sus palabras:

“Después que Juan (el Bautista) fue encarcelado, vino Jesús a Galilea predicando el evangelio de Dios y diciendo: El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio.” (Marcos 1:14-15). (2/120).

6) Vemos que Jesús decía, al comienzo de su ministerio, que el tiempo se había cumplido. Por tanto, se trataba del tiempo cuando él acababa de comenzar su obra de la salvación, para la cual se había encarnado, llegando a ser, como hombre, el Hijo de Dios. El apóstol Pablo lo dice así:

“[...]; cuando llegó el cumplimiento del tiempo, el Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que redimiera a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiéramos la adopción como hijos.” (Gálatas 4:4-5). (2/656).

7) Es evidente que Jesús comenzó la obra de la salvación “cuando llegó el cumplimiento del tiempo”, y esta fecha, que marcaba el comienzo del ministerio de Jesús, sólo está indicada en la profecía que estudiamos en el **Apéndice 4**.

8) También dice, Pablo, que Jesús había sido enviado por su Padre para “redimir a los que estaban bajo la ley” (punto 6). Esto nos lleva a considerar en qué consistía el hecho de estar “bajo la ley”, y cómo Jesús redimió “a los que estaban bajo la ley”. Para ver todo esto, tenemos que considerar cómo se obtenía la salvación en la época del AT hasta la muerte de Jesús; es decir, lo que se llama “el antiguo pacto” (o antigua alianza); todo lo cual ya hemos estudiado en el capítulo anterior.

B) Desarrollo del ministerio de Jesús:

1) A lo largo de su ministerio, que duró tres años y medio, como hemos expuesto de forma concluyente en (5/83-88), dejó claro los puntos clave del cristianismo, que afectan a toda la humanidad. En primer lugar, dejó claro **quién era él**:

a) Era el “Yo soy”. Jesús mismo se identificó con el “Yo soy” que envió a Moisés a Egipto:

“Así responderás a los hijos de Israel: **Yo soy** me manda a vosotros.” (Éxodo 3:14).

“Di, por tanto, a los hijos de Israel: ‘**Yo soy** Yavé, yo os libentaré de los trabajos forzados de los egipcios, [...]’ (Éxodo 6:6).

“Por tanto os dije que moriréis en vuestros pecados; porque, si no creyereis que **yo soy**, moriréis en vuestros pecados.” (Juan 8:24). (2/359). (La negrita es nuestra).

*) No hay duda de que el “**Yo soy**”, que, en su naturaleza divina, envió a Moisés a Egipto para que hablara allí con los israelitas, ahora estaba en la Tierra, en su naturaleza humana, hablando directamente con los descendientes de aquellos israelitas, tratando de que ellos creyeran que él era el “**Yo soy**”, que habló con Moisés; pero ellos no le creían; ellos sólo veían, en Jesús, a un hombre como ellos (no podían ver, en él, al “Logos” encarnado); por eso, todo era cuestión de fe; de creer en lo que Jesús les decía.

*) Por tanto, Jesús les anuncia el cumplimiento de la profecía que dice: “El que come mi pan, levantó contra mí su calcañar.” (Juan 13:18); y agrega: “Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que **yo soy**.” (Juan 13:19). Como antes les había dicho, aludiendo a su crucifixión: “Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que **yo soy**, [...]” (Juan 8:28). (La negrita es nuestra).

*) Así sucedió, que después de la traición de Judas, y de la crucifixión, no sólo sus discípulos, sino que también muchos de los que se habían opuesto a él, ante los acontecimientos que tuvieron lugar, con la muerte y resurrección de Jesús, llegaron a creer en él:

“La palabra de Dios fructificaba, y se multiplicaba el número de los discípulos en Jerusalén, y numerosa muchedumbre de sacerdotes se sometía a la fe.” (Hechos 6:7).

b) Era “el Mesías”. Jesús mismo aseguró que él era el Mesías que había de venir; conversando con una mujer de Samaria, lo afirmó claramente:

“Díjole la mujer: Yo sé que el Mesías, el que se llama el Cristo, está para venir, y que cuando venga nos hará saber todas las cosas. Díjole Jesús: Yo soy, que hablo contigo.” (Juan 4:25-26). (2/334).

*) Así lo afirmó Pedro, inspirador por el Padre de Jesús, cuando él preguntó a sus discípulos:

[...]: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo. Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón Bar Jona, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos.” (Mateo 16:15-17). (2/63).

*) Y, como el Mesías que era, vino a cumplir las profecías que hablaban de él en el AT; así lo dijo:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.” (Mateo 5:17). (2/13).

*) Aquí hay que tener en cuenta la diferencia que hay entre el verbo “*plhrozw*” (pleróo), que significa “cumplir una predicción, una promesa” (11/575); y el verbo “*threzw*” (teréo), que significa “guardar, pactar, observar” (11/708); es decir, guardar un mandamiento, como cuando Jesús dijo: “[...] si quieres entrar en la vida, guarda (teréo) los mandamientos.” (Mateo 19:17). (2/74).

*) Por consiguiente, Jesús dijo (en Mateo 5:17) que había venido para cumplir las predicciones (= profecías) que hablaban de él en los libros de Moisés (la Ley) y en los libros de los profetas.

*) Por esto, después de su resurrección, dijo, a sus discípulos:

[...] Ésas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros que era necesario que se cumpliera (pleróo) todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés y en los profetas y en los salmos.” (Lucas 24:44). (2/318).

e) Era “Jesús”. Éste era su nombre, como hombre, puesto por el ángel, de acuerdo con la obra de salvación que iba a realizar; para distinguirlo, agregaron, a ese nombre, el del lugar de su residencia; por esto, era conocido como “**Jesús de Nazaret**”:

“Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados.” (Mateo 1:20-21).

“El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.” (Lucas 1:31).

“Vino (Jesús) a Nazaret, donde se había criado...” (Lucas 4:16).

“Encontró Felipe a Natanael y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los profetas, a Jesús, hijo de José, de Nazaret.” (Juan 1:45).(2/325).

d) Era “Hijo de Dios”. En efecto, Jesús, como hombre, era “hijo de Dios”, porque Dios (en la persona del Espíritu Santo) lo había engendrado en María, como ya hemos explicado (cap. III, puntos 5-9, y Mateo 1:20); pero pasaba por ser hijo de José, lo cual era legalmente; porque, como tal, había sido inscrito en el censo romano cuando nació en Belén (5/38-40), y eso es lo que la gente sabía y creía (según Lucas 3:23). Por tanto, para los contemporáneos de Jesús, aceptar que él era hijo

de Dios, resultaba muy difícil, pues sólo veían en Jesús a un hombre como ellos; por esto, cuando iban a prenderlo, Judas dijo: “Aquel a quien yo bese, ése es; prendedle.” (Mateo 26:48). Por consiguiente, cuando Jesús decía que él era “hijo de Dios”, se producían diferentes reacciones, a pesar de que su Padre así lo había manifestado públicamente con ocasión de su bautismo (Mateo 4:17). He aquí algunas de esas reacciones:

“¿De Aquel a quien el Padre santificó y envió al mundo decís vosotros: Blasfemas, porque dije: Soy Hijo de Dios?” (Juan 10:36).

“Respondieron los judíos: Nosotros tenemos una ley, y, según la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.” (Juan 19:7).

*) Otros creyeron que, efectivamente, Jesús era el Hijo de Dios:

“Natanael le contestó: Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.” (Juan 1:49).

“Díjole ella (Marta): Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido al mundo.” (Juan 11:27).

*) No obstante, era difícil llegar a reconocer que Jesús era, como hombre, hijo de Dios; por esto, Jesús hizo una especie de encuesta por medio de sus discípulos sobre lo que creía la gente acerca de él; he aquí el relato:

“Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos contestaron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías u otro de los profetas. Y él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios viviente. Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no es la carne ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre, que está en los cielos.” (Mateo 16:13-17). (2/62-63).

*) Por consiguiente, para creer que Jesús era el Hijo de Dios, algunos necesitaron que les sucediera algún acontecimiento especial (como Natanael y Marta); otros necesitaron una revelación del Padre (como Pedro).

*) Observamos que ahora surge un problema, que consiste en que todo lo que fue escrito por los evangelistas con la intención de que las personas conozcan a Jesús y, por medio de la fe en él, que tendrán al conocerlo por intermedio de esos escritos, se salven para la vida eterna; pero ahora, esos escritos son contradichos de diversas maneras con la finalidad de negar que Jesús fue (y es) el Hijo de Dios, y también todo lo que él hizo (véase los **Apéndices 1, 6 y 7**).

e) Era “el Kyrios” (= el Señor). El mismo Jesús consideraba que él era el Señor del rey David al que se refiere el Salmo 110:1; así se lo insinuó a los fariseos:

“Reunidos los fariseos, les preguntó Jesús: ¿Qué os parece acerca del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron ellos: De David. Les respondió él: ¿Cómo, pues, David por el Espíritu le llama Señor, diciendo: ‘Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra mientras pongo a tus enemigos bajo tus pies’? Si, pues, David le llama Señor, ¿Cómo es hijo suyo? Y nadie podía responderle palabra, ni se atrevió nadie desde entonces a preguntarle más.” (Mateo 22:41-46). (2/87-88).

*) En efecto, Jesús, en su naturaleza divina, era el Señor (de David); pero, en su naturaleza humana, era hijo (= descendiente) de David, y esto de que Jesús, además de hombre, fuera también el Señor (= Dios) es lo que los fariseos no entendían o no querían aceptar.

*) Jesús mismo dice que él es “el Señor”; así lo dijo cuando curó a un poseso y le ordenó:

“Vete a tu casa y a los tuyos y cuéntales cuanto el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido misericordia de ti. Y él se fue y comenzó a predicar en la Decápolis cuanto le había hecho Jesús, y todos se maravillaban.” (Marcos 5:19-20).

*) También afirmó Jesús que él es “el Señor” con ocasión de su última cena, cuando lavó los pies a sus discípulos:

“Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Si, pues, yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros.” (Juan 13:13-14). (2/384-385).

*) Los apóstoles afirmaban que Jesús, tras su resurrección, seguía siendo “el Señor”:

“Los apóstoles atestiguaban con gran poder la resurrección del Señor Jesús.” (Hechos 4:33).

f) Era “el Hijo del hombre”. Jesús se llamó a sí mismo “el Hijo del hombre” en muchas ocasiones, desde el comienzo hasta el final de su ministerio:

“Díjole Jesús: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.” (Mateo 8:20).

“Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar los pecados [...]” (Marcos 2:10).

“Pero Jesús callaba, y el pontífice le dijo: Te conjuro por el Dios viviente que me digas si eres el Mesías el Hijo de Dios. Jesús le dijo: Tú lo has dicho; por lo demás, yo os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.” (Mateo 26:63-64). (2/106).

- *) Eso se cumplió poco después al pie de la letra cuando Esteban les dijo:
 “Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie, a la diestra de Dios.” (Hechos 7:56).
- *) Y los mismos que condenaron a Jesús a morir en la cruz también lo verán venir en las nubes el día de la Parusía:
 “Ved que viene en las nubes del cielo, y todo ojo le verá y cuantos le traspasaron; [...]” (Apocalipsis 1:7).
- *) Ahora bien, al aplicarse Jesús la expresión “el Hijo del hombre” no era para afirmar que él era un miembro de la especie humana; es decir, “un hombre”; porque, cuando quiso afirmar esto, lo dijo claramente:
 “Pero ahora procuráis matarme, un hombre que os he dicho la verdad [...]” (Juan 8:40). (2/361).
- *) Por esto, al llamarse Jesús a sí mismo “el Hijo del hombre”, lo que hace es identificarse con el personaje que, en la profecía de Daniel, llegaría un día ante Dios, y allí recibiría todo el poder; así lo vio el profeta Daniel:
 “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un anciano de muchos días, [...]” (Daniel 7:9).
 “Seguía yo mirando en la visión nocturna, y vi venir sobre las nubes del cielo a uno como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días y fue presentado ante éste. Y le fue dado el poder y toda la gloria, y todos los pueblos y naciones de la tierra le sirvieron; su poder es poder eterno, que no se acabará, y su imperio nunca desaparecerá.” (Daniel 7:13-14). (3/914).
- *) Por otra parte, vemos que, cuando el Hijo del hombre estaba en la Tierra, no tenía ningún poder para decidir nada, pues sólo hablaba y hacía lo que le decía su Padre:
 “Respondió, pues, Jesús, diciéndoles: En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; [...]” (Juan 5:19).
 “Yo no puedo hacer por mí mismo nada; [...]” (Juan 5:30).
 “[...] yo no he hablado por mí mismo, sino mi Padre, que me ha enviado, me ha mandado lo que he de decir y lo que he de hacer. Y yo sé que su mandamiento es vida eterna. Por tanto, las cosas que yo hablo, las hablo como mi Padre me ha dicho.” (Juan 12:49-50). (2/383).
- *) Pero llegaría un día en el cual el Hijo del hombre se presentaría ante su Padre (“el anciano de muchos días”) y allí recibiría todo el poder; y esto sucedió en el mismo día de su resurrección, cuando Jesús subió a su Padre, según él dijo a María Magdalena:
 “Jesús le dijo: No me retengas, porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” (Juan 20:17). (2/410).
- *) En ese mismo día de su resurrección, tras haber subido Jesús a su Padre, se presentó a sus discípulos de esta forma:
 “La tarde del primer día de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se hallaban los discípulos por temor de los judíos, vino Jesús y, puesto en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros.” (Juan 20:19).
- *) Después, en el día de su ascensión, Jesús afirmó que le había sido dado “todo el poder en el cielo y en la tierra”:
 “[...] y, acercándose Jesús, les dijo: Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra; [...]” (Mateo 28:18).
- *) Por una parte, el Hijo del hombre no tenía poder para decidir por sí mismo antes de su muerte; y, por otra, antes de su ascensión ya tenía todo el poder “en la tierra y en el cielo”, y, como ese poder lo recibiría el Hijo del hombre ante su Padre, el “anciano de muchos días” (según la profecía de Daniel 7:9, 13-14, como ya hemos visto), es evidente, que, en algún momento, entre su muerte y su ascensión, el Hijo del hombre se presentó ante su Padre y recibió ese poder, lo cual sucedió el día de su resurrección, como el Hijo del hombre dijo a María Magdalena. Este asunto tiene una gran importancia teológica; por esto, volveremos sobre él en su lugar correspondiente (Sinopsis, nº 367).
- g) Era “el Dios con nosotros”.** Aquí se trata de un nombre profético que se halla en la profecía de Isaías 7:14, donde se le llama “Emmanuel”; y Mateo da el significado con estas palabras:
 “Emmanuel”, que quiere decir ‘el Dios con nosotros’.” (Mateo 1:23). (2/3). Así, el Padre estaba con nosotros por medio de la persona de su Hijo; por eso, Jesús dijo: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre; [...]” (Juan 14:9).
- h) Era “el Maestro”, “el Rabí”.** Jesús mismo lo dijo así:
 “[...] vosotros no os hagáis llamar Rabí, porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos.” (Mateo 28:8).
 “[...] No seáis llamados maestros, porque vuestro maestro es uno, el Mesías.” (Mateo 23:8, 10). (2/89).
- *) Verdaderamente, Jesús fue el Maestro más sabio de todos los tiempos; el Maestro por excelencia. La gente le escuchaba con admiración; pero, ¿por qué?:
 “Cuando acabó Jesús esas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; porque les hablaba como quien tiene autoridad y no como sus maestros.” Mateo 7:28-29). (2/25).
- *) La gente veía que Jesús no apoyaba su enseñanza en lo que había dicho otro rabí (maestro), sino que explicaba las Escrituras sin intermediarios, como vemos en el célebre sermón del monte, cuando dice:

“Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás; el que matare será reo de juicio. Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio; [...]” (Mateo 5:21-22).

*) En contraste con esa forma de enseñar, los rabíes (maestros) de Israel apoyaban su enseñanza en otros de forma interminable; así:

“El rabí Bisna, hijo de Sabda, dijo que dijo el rabí Akiva que el rabí Panda había dicho que dijo el rabí Nahum que había dicho el rabí Birim en nombre de un anciano [...]” (122/333).

*) Por otra parte, Jesús impartió su enseñanza por admirables parábolas (según Mateo 13:34-35); las cuales han dado lugar a importantísimas obras, que las comentan, como la que indicamos en (123/1-701).

i) Era “el Santo” y “el Justo”. Así lo afirmó el apóstol Pedro acusando a los judíos:

“Vosotros negasteis al Santo y al Justo [...]” (Hechos 3:14).

*) Hasta un demonio afirmó que Jesús era “el Santo del Dios:

“¡Ah! ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Bien sé quién eres, el Santo del Dios.” (Lucas 4:34). (2/218).

*) Estaban también acusa a los judíos de haber asesinado al Justo.

“¿A quién de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y dieron muerte a los que anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros habéis ahora traicionado y asesinado; [...]” (Hechos 7:52). (2/444).

*) Y ese “Santo” es el que salió del Hades; porque su Padre, el Dios, lo resucitó:

“Porque no abandonarás en el hades mi alma, ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción.” (Hechos 2:27).

“Distéis muerte al autor de la vida a quien el Dios resucitó de entre los muertos, [...]” (Hechos 3:15). (2/427).

j) Era “el Profeta”. El profeta anunciado por Moisés, de parte de Yavé, cuando afirmó:

“Entonces me dijo Yavé: Dices bien hablando así. Yo les suscitaré de en medio de sus hermanos un profeta como tú, pondré en su boca mis palabras y él les comunicará todo cuanto yo le mande.” (Deuteronomio 18:17-18).

*) Esto se cumplió en Jesús; pues él mismo dice:

“[...] yo no he hablado de mí mismo; el Padre mismo, que me ha enviado, es quien me mandó lo que he de decir y hablar, [...]. Así, pues, las cosas que yo hablo, las hablo según el Padre me ha dicho.” (Juan 12:49-50).

*) La gente de Israel reconoció que Jesús era el profeta:

“Y cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió y decía: ¿Quién es éste? Y la muchedumbre respondía: Ese es Jesús el profeta, el de Nazaret de Galilea.” (Mateo 21:10-11). (2/21).

*) Ahora bien, ése fue el pretexto de los dirigentes de Israel para rechazarlo; así lo dijeron los fariseos:

“¿Acaso algún magistrado o fariseo ha creído en El? Pero esa gente, que ignora la Ley, son unos malditos. Les dijo Nicodemo [...]: ¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre antes de oírle y sin averiguar lo que hizo? Le respondieron y dijeron: ¿También tú eres de Galilea? Investiga y verás que de Galilea no ha salido profeta alguno.” (Juan 7:48-52), (2/355).

*) Por fin, los apóstoles reconocieron, en su predicación, que Jesús era el profeta anunciado por Moisés, como se puede ver en Hechos 3:22-23; 7:37; etc. Incluso sus familiares, que al principio no creían en él (según Mateo 13:54-57; Marcos 6:1-4; Juan 5:7), entre ellos Santiago el Menor, quien, después, dirigió la iglesia de Jerusalén (según Hechos 15:13-29); y es el autor de la Epístola que lleva su nombre.

k) Era “la luz del mundo”.

*) Así lo afirmó él mismo

“[...] Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.” (Juan 8:12). (2/358).

“Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.” (Juan 9:5).

“Díjoles Jesús: Por poco tiempo aún está la luz en medio de vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, pues el que camina en tinieblas, no sabe por donde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.” (Juan 12:35-36). (2/381).

*) El apóstol Juan dice lo que sucede cuando se rechaza esa luz:

“Y esa es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.” (Juan 3:19-20). (2/330).

l) Era “el camino, la verdad y la vida”.

*) Así lo dijo Jesús a Tomás:

“Yo soy el camino, la verdad y la vida.” (Juan 14:6).

*) Y el apóstol Pablo dice:

“[...] la verdad que está en Jesús.” (Efesios 4:21). (2/672).

*) El mismo Jesús afirma:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano.” (Juan 10:27-28). (2/370).

“Y esta es la promesa que Él nos hizo, la vida eterna.” (1Juan 2:25).

“Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigo. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando.” (Juan 15:13).

l) Era “la resurrección y la vida”.

*) Así lo dijo él mismo:

“[...] Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí no morirá para siempre.” (Juan 11:25-26).

*) Y esto es lo que predicaban los apóstoles, según Hechos 1:22; 4:2, 33; 17:18; 24:15; etc.

m) Era “el buen pastor”.

*) Así lo manifestó el mismo Jesús:

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas; [...]” (Juan 10:11).

*) Pedro dice que, cuando vuelva ese gran Pastor, dará el premio a sus seguidores:

“Así, al aparecer el Pastor soberano, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria.” (1Pedro 5:4).

n) Ahora es “el mediador”.

*) Pablo lo dice así:

“Porque uno es Dios, y uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, [...]” (1Timoteo 2:5).

*) También, Jesús es el “mediador de la nueva alianza”, según Hebreos 8:6; 9:15; 12:24; etc.

ñ) Después, será “el juez de todos”.

*) Así está escrito:

“[...] el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar.” (Juan 5:22).

*) Él juzgará a todos:

“[...] Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos no sólo en su aparición sino también en su reino.” (2Timoteo 4:1). (2/736).

2) Ahora bien, el mismo Jesús enseñó claramente, para qué había venido a este mundo.

a) Por una parte, en cumplimiento de la profecía de Isaías 61:1-2; Jesús lo dijo así:

“‘El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor.’” (Lucas 4:18-19).

b) Pero, por otra, para recuperar todo lo que Dios mismo había dado a Adán, y éste se lo había entregado a Satanás cuando siguió sus consejos de desobediencia; veamos la secuencia de los hechos:

“Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó macho y hembra; y los bendijo Dios, diciéndoles: ‘Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra.’” (Génesis 1:27-28).

“Llevándole a una altura, le mostró desde allí, en un instante, todos los reinos del mundo, y le dijo el diablo: Todo este poder y su gloria te daré, pues a mí me ha sido entregado, y a quien quiero se lo doy; si, pues, te postras delante de mí, todo será tuyo. Jesús, respondiendo, le dijo: Escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás y a El solo servirás.’” (Lucas 4:5-8).

“[...] pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.” (Lucas 19:10).

c) Es evidente que Satanás tiene el dominio que Dios había dado a Adán sobre todas las cosas creadas, y Jesús había venido para recuperar todo eso, “que estaba perdido”. Por supuesto que, entre todo lo perdido, lo más importante es el hombre; por esto, para salvar al hombre, Jesús iba a dar su vida; así lo dice él mismo:

“[...] el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos.” (Mateo 20:28).

“Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.” (Juan 6:51). (2/347).

d) Por consiguiente, Jesús salva al mundo por medio de su muerte (volveremos sobre este asunto).

e) Por esto, la salvación alcanza a todos; pero sólo tendrá efecto en los que crean en Jesús; así lo enseñó él mismo:

“Díjole Jesús (a Marta): Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá.” (Juan 11:25).

f) Por otra parte, Jesús desenmascaró al diablo y a sus seguidores:

“Vosotros tenéis por padre al diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. El es homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque es mentiroso y padre de la mentira.” (Juan 8:44). (2/361).

*) Estas afirmaciones de Jesús aclaran varias cosas importantes:

- En primer lugar, vemos que el diablo, cuando fue creado, andaba en la verdad; pero, como un ser libre que era, podía permanecer en la verdad o elegir el camino de la mentira, que fue lo que hizo; por esto, dice Jesús: “no se mantuvo en la verdad”, lo que da a entender que antes sí estaba en la verdad.

- Por esto, al ser el primer ser creado que eligió el camino de la mentira, es lógico que Jesús diga que el diablo es el padre de la mentira.

- De todo esto se sigue que, al haber comenzado el mal en la Tierra con una mentira dicha en el principio por el diablo a Eva, y, como esa mentira acarreó, como consecuencia, la muerte para toda la humanidad, Jesús dice que el diablo “es homicida desde el principio”.

*) Así de simple es el origen del mal. Y, en todo momento, cada ser humano, como libre que es, puede elegir siempre entre el camino de la verdad y el camino de la mentira; es decir, entre el camino de Dios y el camino de Satanás.

g) Por otra parte, Jesús vino también para destruir al mismo diablo y sus obras:

“Así que, por cuanto los hijos participan de sangre y carne, semejantemente él también participó de ellas, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo.” (Hebreos 2:14). (2/751).

“[...]; el que comete pecado, ése es del diablo, porque el diablo desde el principio peca. Y para esto apareció el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo.” (1 Juan 3:8).

h) Además, Jesús dijo que vino para cumplir la Ley y los Profetas:

“No penséis que he venido para abolir la ley y los profetas; no he venido para abolir, sino para cumplir.” (Mateo 5:17). (2/13).

i) En efecto, el verbo griego “pleróo” empleado ahí significa “cumplir una predicción, una promesa.” (11/575). No hay que confundir este verbo con el verbo “teréo”, que significa “guardar, observar” (11/708), como en Juan 14:15, donde dice Jesús: “Si me amáis, guardad mis mandamientos.” (2/390).

j) Por consiguiente, en Mateo 5:17, Jesús dice que ha venido para cumplir las predicciones hechas, en el AT, sobre el Mesías. Por esto, después de haber resucitado, dijo a los apóstoles:

“Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos sobre mí.” (Lucas 24:44). (2/318).

3) A lo largo de su ministerio, Jesús impartió su enseñanza de diferentes formas:

a) A la gente, en general, enseñaba por medio de parábolas, las cuales explicaba después a sus discípulos:

“Decía: ¿A qué asemejaremos el reino de Dios o de dónde tomaremos parábola? Es semejante al grano de mostaza, que cuando se siembra en la tierra es la más pequeña de todas las semillas de la tierra; pero sembrado, crece y se hace más grande que todas las hortalizas, y echa ramas tan grandes, que a su sombra pueden abrigarse las aves del cielo. Y con muchas parábolas como éstas les proponía la palabra, según podían entender, y no les hablaba sin parábolas; pero a sus discípulos se las explicaba todas aparte.” (Marcos 4:30-34).

b) Otras veces, cuando quería dirigir reproches a todos, lo hacía directamente con toda claridad; éstas son sus palabras:

“No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos a los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, violadores de la ley.” (Mateo 7:21-23). (2/24).

“¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?” (Lucas 6:46).

c) En algunas ocasiones, los reproches iban dirigidos a personas concretas:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros ni permitís entrar a los que están entrando.” (Mateo 23:13).

d) También explicaba claramente cuál será el destino de los creyentes y el de los incrédulos:

“Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la destrucción, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!” (Mateo 7:13-14). (2/23). (6/256).

e) La senda que lleva a la vida se refiere a la vida eterna en la Tierra, como él prometió fundándose en las promesas del AT, mientras que lo referente a la senda ancha que lleva a la destrucción, también está dicho en el mismo lugar del AT; he aquí lo que se dice en el AT y lo que dijo Jesús:

“Porque los malvados serán exterminados, pero los que esperan en Yavé poseerán la tierra.” (Salmo 37:9).

“Pues los impíos perecerán, y los enemigos de Yavé, como la lozanía de los prados, se marchitarán, se desvanecerán como el humo.” (Salmo 37:20).

“Pues los benditos de Yavé heredarán la tierra, mientras que sus malditos serán exterminados.” (Salmo 37:22).

“Los justos poseerán la tierra y morarán en ella por siempre.” (Salmo 37:29).

“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.” (Mateo 5:4).

f) Por otra parte, dejó claro que él no había venido para resolver los problemas sociales de este mundo; así lo dijo:

“Díjole uno de la muchedumbre: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. El le respondió: Pero, hombre, ¿quién me ha constituido juez o partidario entre vosotros?”

4) Su enseñanza también estuvo entrelazada de ciertos mandamientos:

a) Sobre el amor entre los creyentes, y entre éstos y sus enemigos:

“Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, así también amaos mutuamente. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros.” (Juan 13:34-35). (2/387).

“Mas yo os digo: tratad amablemente a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos.” (Mateo 5:44-45). (2/16). (6/6).

*) Las traducciones tradicionales de Mateo 5:44, suelen decir “... amad a vuestros enemigos...”. Ante esta orden de Jesús, “amad”, parece ser que, siendo el amor un sentimiento, no es fácil que un sentimiento se pueda promover por medio de una orden; ahora bien, el verbo griego “agapao”, que se usa aquí, tiene varias acepciones, entre las cuales, una es “amar”, otra es “tratar amablemente”, etc. (6/6).

*) Con el significado de esta segunda acepción, sí se puede ordenar y cumplir ese mandamiento, que viene a decir:

“No te dejes vencer por el mal, antes vence al mal con el bien.” (Romanos 12:21).

*) Por otro lado, Jesús enseñó que el amor a Dios y al prójimo son los dos mandamientos más importantes, de los cuales pende el cumplimiento de todo lo dicho por Dios en la Ley (= Pentateuco) y los Profetas, ya que, al que no ama a Dios ni al prójimo, tampoco le importa nada lo que diga Dios en las Sagradas Escrituras; éstas son las palabras de Jesús respondiendo a un fariseo:

“[...]: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos pende toda la Ley y los Profetas.” (Mateo 22:37-40).

*) Además, Jesús dio otro mandamiento, que es una importante norma en las relaciones humanas; así lo dijo Jesús:

“[...], cuanto quisiereis que os hagan a vosotros los hombres, hacédselo vosotros a ellos, porque ésta es la Ley y los Profetas.” (Mateo 7:12).

*) También dijo Jesús que, cuando hayamos hecho todo lo que él ordena, no debemos esperar ninguna recompensa por ello:

“Así también vosotros, cuando hicieréis estas cosas que os están mandadas, decid: Somos siervos inútiles; lo que teníamos que hacer, eso hicimos.” (Lucas 17:10).

b) Sobre la oración y el perdón entre sus seguidores:

*) Jesús les dijo cómo debían orar:

“Así, pues, habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo, así en la tierra. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos lleves a la tentación, sino líbranos del maligno.” (Mateo 6:9-13). (2/18). (6/1604).

*) Las traducciones tradicionales suelen terminar esta oración modelo (o “Padrenuestro”) diciendo “líbranos del mal”; pero el texto griego no habla del “mal”, sino del “maligno” (**ponerós**), como en Mateo 13:19 y 1 Juan 2:14. El mal es, en griego, **kakón** (como en Romanos 12:21). (2/565).

*) Por otra parte, Dios no tienta, sino que quien tienta es el diablo, llamado “el tentador”, como se ve en Mateo 4:3; por esto, el Padrenuestro termina diciendo que pidamos que Dios no nos lleve donde esté la tentación; es decir, donde el tentador nos pueda tentar, sino que, al contrario, nos libre del “maligno”, que es el tentador, o sea, el diablo.

*) Además, en esa oración, se dice: “perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Evidentemente, aquí pedimos que, si no perdonamos, Dios tampoco nos perdone, que es lo que nos advierte Jesús:

“Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras faltas.” (Mateo 6:14-15).

“Cuando os pusiereis en pie para orar, si tenéis alguna cosa contra alguien, perdonadlo primero, para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone a vosotros vuestros pecados. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestras ofensas.” (Marcos 11:25-26).

c) Sobre la unidad de los cristianos, Jesús, orando a su Padre, enseñó esto:

“Pero no ruego sólo por éstos, sino también por los que creen en mí por la palabra de ellos, para que todos sean una cosa, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean una cosa en nosotros, para que el mundo crea que me enviaste. Y yo, la **doctrina** que me diste, les he dado, para que sean una cosa como nosotros somos una cosa, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente una cosa, a fin de que el mundo conozca que tú me enviaste y que los amas como a mí me amas.” (Juan 17:20-23). (2/400). (La **negrita** es nuestra).

*) Sobre este pasaje, hay que hacer dos puntualizaciones:

1ª) El numeral “**uno**”, en griego, tiene tres géneros: “heis” (para el masculino); “mía” (para el femenino); y “hes” (para el neutro). Por tanto, la traducción es: “uno” (para el masculino); “una” (para el femenino); y “una cosa” (para el neutro), como en Marcos 10:21, donde dice Jesús: “[...], una cosa (hes) te falta; [...]” (2/165). Por esto, cuando Jesús dice que sus discípulos sean “hes”, no se trata de ser todos “uno” (como si fuera el masculino “heis”), sino de ser todos “una cosa” (como indica el neutro “hes”, que es lo que está escrito en todo ese pasaje); y esa cosa es la unidad; y esa unidad debe ser tan perfecta como la que hay entre Jesús y su Padre; por eso, Jesús dice que esa **unidad** sea “**en nosotros**.”

2ª) La palabra griega “**doxa**” tiene varias acepciones: **opinión, creencia, doctrina, conjetura, reputación, gloria, honor**, etc. (6/531). (11/191). Ante estas acepciones de la palabra griega “doxa”, es evidente que la traducción que corresponde, en español, es “**doctrina**”; es decir, la doctrina que Jesús enseñaba y que él mismo dice que la recibía de su Padre:

“Mediada la fiesta, subió Jesús al templo y enseñaba. Admirábanse los judíos, diciendo: ¿Cómo es que éste, no habiendo estudiado, sabe letras? Jesús les respondió y dijo: Mi **doctrina** no es mía, sino del que me ha enviado.” (Juan 7:14-16). (La **negrita** es nuestra).

“[...] yo no he hablado por mí mismo, sino mi Padre, que me ha enviado, me ha mandado lo que he de decir y lo que he de hacer. Y yo sé que su mandamiento es vida eterna. Por tanto, las cosas que yo hablo, las hablo como mi Padre me ha dicho.” (Juan 12:49-50).

*) Por tanto, está claro que la **doctrina** que Jesús dio, a sus discípulos por medio de su enseñanza, es la que él había recibido de su Padre.

*) Por otra parte, Jesús dice: “... **la doctrina que me diste, les he dado, para que sean una cosa...**”; es decir, para que ellos sean **una unidad**; esto es, para que estén unidos **en esa doctrina**.

*) Por consiguiente, nunca habrá unidad entre los seguidores de Jesús si **esa unidad** no se hace **en la sola y única doctrina enseñada por Jesús**.

*) Precisamente, la **unidad** entre los cristianos se fue perdiendo a medida que ellos mismos fueron agregando doctrinas paganas a la doctrina evangélica enseñada por Cristo y seguida por sus apóstoles (véase el **Apéndice 2**). (31/37-44).

d) Sobre las relaciones de los cristianos con él y con su Padre, Jesús enseñó esto:

“Pero vosotros no os hagáis llamar *rabbí*, porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. Ni llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, que está en los cielos.” (Mateo 23:8-9).

5) Al mismo tiempo que Jesús enseñaba, también realizó portentosos milagros:

a) El primero tuvo lugar en una boda en Caná de Galilea, según relata Juan:

“Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda. No tenían vino, porque el vino de la boda se había acabado. En esto dijo la madre de Jesús a éste: No tienen vino. Díjole Jesús: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? No es aún llegada mi hora. Dijo la madre a los servidores: Haced lo que El os diga. Había allí seis tinajas de piedra para purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas (cada metreta = unos 40 litros). Díjoles Jesús: Llenad las tinajas de agua. Las llenaron hasta el borde, y El les dijo: Sacad ahora y llevadlo al maestresala. Se lo llevaron, y luego que el maestresala probó el agua convertida en vino – él no sabía de donde venía, pero lo sabían los servidores, que habían sacado el agua -, llamó al novio y le dijo: Todos sirven primero el vino bueno, y cuando están ya bebidos,

el peor; pero tú has guardado hasta ahora el vino mejor. Este fue el primer milagro que hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y creyeron en El sus discípulos. (Juan 2:1-11).

b) En diferentes ocasiones, curó a muchos enfermos; veamos algunos de estos milagros:

“Puesto el sol, todos cuantos tenían enfermos de cualquier enfermedad los llevaban a El (Jesús), y El, imponiendo a cada uno las manos, los curaba.” (Lucas 4:40).

“En aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades y males y de los espíritus malignos e hizo gracia de la vista a muchos ciegos, [...]” (Lucas 7:21).

“Yendo hacia Jerusalén atravesaba por entre la Samaria y la Galilea, y entrando en una aldea, le vinieron al encuentro diez leprosos, que a lo lejos se pararon, levantando la voz, decían: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Viéndolos, les dijo: Id y mostraos a los sacerdotes. En el camino quedaron limpios.” (Lucas 17:11-14).

c) Jesús también echaba fuera los malos espíritus de las personas posesas:

“Ya atardecido, le presentaron muchos endemoniados, y arrojaba con una palabra los espíritus, y a todos los que se sentían mal los curaba, [...]” (Mateo 8:16).

“Y, yendo por ciudades y aldeas, predicaba y anunciaba el reino de Dios. Le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades. María llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios; [...]” (Lucas 8:1-2). (2/236).

d) Incluso, Jesús resucitaba a los muertos:

“Aconteció tiempo después que iba a una ciudad llamada Naín, he iban con El sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando se acercaban a las puertas de la ciudad vieron que llevaban a un muerto, hijo único de su madre, viuda, y una muchedumbre bastante numerosa de la ciudad la acompañaba. Viéndola el Señor, se compadeció de ella y le dijo: No llores. Y, acercándose, tocó el féretro; los que lo llevaban se detuvieron, y El dijo: Joven, a ti te hablo, levántate. Sentóse el muerto y comenzó a hablar, y El se lo entregó a su madre.” (Lucas 7:11-15).

“Aún estaba hablando, cuando llegó uno de casa del jefe de la sinagoga diciendo: Tu hija ha muerto, no molestes ya al Maestro. Pero Jesús, que lo oyó, le respondió: No temas, cree tan sólo y será sana. Llegado a la casa, no permitió que entrasen con El más que a Pedro, Juan y Santiago y el padre y la madre de la niña. Todos lloraban y plañían por ella. Les dijo El: No llores, porque no está muerta; es que duerme. Se burlaban de El, sabiendo que estaba muerta. El, tocándola en la mano, le dijo en alta voz: Niña, levántate. Volvió a ella el espíritu y al instante se levantó y el mandó que le diesen de comer.” (Lucas 8:49-55).

“Dijo Jesús: Quitad la piedra. Díjole Marta, la hermana del muerto: Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días. [...]. Diciendo esto, gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera. Salió el muerto, ligados con vendas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Soltadle y dejadle ir.” (Juan 11:39, 43-44). (2/375).

6) Jesús también hizo grandes promesas:

a) Por una parte, dijo que resucitará a todos los muertos:

“No os maravilléis de esto, porque se acerca la hora en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán; los que han hecho el bien, para resurrección de vida; pero los que han hecho el mal, para resurrección de condenación.” (Juan 5:28-29). (2/340).

*) Cuando Adán pecó, el ser humano perdió la posibilidad de vivir **para siempre** (= **vida eterna**); así lo dijo Dios:

“Dijo Yavé Dios: ‘He ahí al hombre hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida, y comiendo de él, viva **para siempre**’. Y le arrojó Yavé Dios del jardín de Edén, [...]” (Génesis 3:22-23). (La negrita es nuestra).

*) Entonces el hombre adquirió la mortalidad, al no poder comer del “árbol de la vida”; por eso, desde aquel momento, el hombre es mortal; así lo dice Dios:

“Yo, yo soy vuestro consolador. ¿Quién eres tú para que tengas miedo del hombre mortal, [...]?” (Isaías 51:12). (3/637).

*) Por esa causa, porque la naturaleza humana adquirió la mortalidad, todos los seres humanos mueren; es decir, no mueren por sus propios pecados personales, sino que mueren porque la naturaleza humana es mortal, como lo prueba el hecho de que mueran muchos niños con pocos días de vida sin haber pecado.

*) Jesús soluciona este problema de que todos los seres humanos mueran por ser mortales, resucitando a todos los muertos sin tener en cuenta qué clase de vida hayan llevado, o cuanto tiempo hayan vivido, o si fueron creyentes o incrédulos, etc.

b) Ahora bien, por otra parte, Jesús dice que él mismo juzgará a todos los seres humanos; entonces cada uno tendrá que responder de sus pecados personales cometidos mientras haya vivido en este mundo; así lo dice Jesús:

“El resumen del discurso, después de oírlo todo, es éste: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el hombre todo. Porque Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción, sea buena, sea mala.” (Eclesiastés 12:13-14).

“En verdad, el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado al Hijo todo el poder de juzgar.” (Juan 5:22). (2/340).

c) Jesús prometió también que volverá a venir otra vez a la Tierra; entonces resucitarán los salvos y se los llevará a donde él está ahora:

“Cuando hagas un convite, invita a los pobres, a los tullidos, a los cojos y a los ciegos; y serás bienaventurado, porque no podrán recompensarte, y serás recompensado en la resurrección de los justos.” (Lucas 14:13-14). (2/274).

“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros.” (Juan 14:1-3).

d) Cuando tenga lugar ese regreso de Jesús, el día de la “parusía”, los justos resucitados entonces, a quienes Jesús dice que llevará con él, tomarán parte en el juicio que realizará Jesús después:

“Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se sienta sobre el trono de su gloria, os sentaréis también sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.” (Mateo 19:28).

*) Ahora bien, Jesús no ha regresado todavía; por consiguiente, sus seguidores no han resucitado todavía; y, por eso, no están ahora con él.

*) No obstante, él aseguró que volverá aunque no sabe en qué día tendrá lugar ese acontecimiento; pero afirmó que vendrá de repente:

“Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su brillo, las estrellas caerán del cielo, y los poderes de los cielos se conmoverán. Entonces verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes con gran poder y majestad. Y enviará a sus ángeles, y juntarán a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. [...].

“Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo ni el Hijo, sino el Padre. Estad alerta, velad, porque no sabéis cuando será el tiempo. Como el hombre que parte de viaje, al dejar su casa, encargó a sus siervos a cada uno una obra, y al portero le encargó que velase. Velad, pues, vosotros, porque no sabéis cuando vendrá el amo de la casa, si por la tarde, si a medianoche, o al canto del gallo, o a la madrugada, no sea que, viniendo de repente, os encuentre dormidos. Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad” (Marcos 13:24-27, 32-37).

*) Cuando Jesús dijo: “después de aquella tribulación”, se refería a la tribulación futura que acontecería al ser destruida la ciudad de Jerusalén en el año 70, lo cual ocurriría en los días de **la generación que vivía entonces** (cuando Jesús dijo esto en el año 30), (Mateo 24:34; Marcos 13:30). **Después**, sin indicar cuanto tiempo “después de aquella tribulación” que se sufrió al ser destruida Jerusalén, **tendrá lugar su segunda venida “de repente”**, sin que nadie sepa **el día ni la hora** (Mateo 24:36; Marcos 13:32, 36).

C) Conclusión del ministerio de Jesús con su muerte.

- 1) Los dirigentes judíos determinaron matar a Jesús a raíz de la resurrección de Lázaro; he aquí el relato:
 “Diciendo esto, gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera. Salió el muerto, ligados con vendas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Soltadle y dejadle ir.
 “Muchos de los judíos que habían venido a María y vieron lo que había hecho, creyeron en El, pero algunos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús. Convocaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos una reunión, y dijeron: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ¿no comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo y no que perezca todo el pueblo? No dijo esto de sí mismo, sino que, como era pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno todos los hijos de Dios, que estaban dispersos. Desde aquel día tomaron la resolución de matarle.” (Juan 11:43-53). (2/375).
- 2) Por tanto, tras ser detenido, le hicieron un juicio injusto con testigos falsos ante el Sanedrín; así sucedió:
 “Los que prendieron a Jesús le llevaron a casa de Caifás, el pontífice, donde los escribas y los ancianos se habían reunido. [...]. Los principales de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban falsos testimonios para condenarle a muerte, pero no los hallaban, aunque se habían presentado muchos falsos testigos. Al fin se presentaron dos, que dijeron: Este ha dicho: Yo puedo destruir el templo de Dios y en tres días reedificarlo. Levantándose el pontífice, le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué dices a lo que éstos testifican contra ti? Pero Jesús callaba, y el pontífice le dijo: Te conjuro por el Dios vivo a que me digas si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios. Díjole Jesús: Tú lo has dicho. Y yo os digo que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo. Entonces el pontífice rasgó sus vestiduras, diciendo: ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Ellos respondieron: Reo es de muerte. Entonces comenzaron a escupirle en el rostro y a darle puñetazos, y otros le herían en la cara, diciendo: Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?” (Mateo 26:57-68).
- 3) Después, el juez romano, Pilato, tras declarar inocente a Jesús, mandó que lo crucificaran:
 “Llegada la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesús para quitarle la vida; y atado le llevaron y entregaron al gobernador Pilato.” (Mateo 27:1-2).
 “Salió, pues, Pilato fuera y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Ellos respondieron, diciendo: Si no fuera malhechor, no te lo traeríamos. Díjoles Pilato: Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley. Le dijeron entonces los judíos: Es que a nosotros no nos es permitido dar muerte a nadie. Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, significando de qué muerte había de morir.
 “Entró Pilato de nuevo al pretorio, y, llamando a Jesús, le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿Por tu cuenta dices eso o te lo han dicho otros de mí? Pilato contestó: ¿Soy yo judío por ventura? Tu nación y los pontífices te han entregado a mí; ¿qué has hecho? Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo, si de este mundo fuera mi reino, mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos; pero ahora mi reino no es de aquí. Le dijo entonces Pilato: ¿Luego tú eres rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz. Pilato le dijo: ¿Y qué es la verdad? Y dicho esto, de nuevo salió a los judíos y les dijo: Yo no hallo en éste ningún delito.” (Juan 18:29-38), (2/404).
 “Era costumbre que el procurador, con ocasión de la fiesta, diese a la muchedumbre la libertad de un preso, el que pidieran. Había entonces un preso famoso llamado Barrabás. Estando, pues, reunidos, les dijo Pilato: ¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Mesías? Pues sabía que por envidia se lo habían entregado. Mientras estaba sentado en el tribunal, envió su mujer a decirle: No te metas con ese justo, pues he padecido mucho hoy en sueños por causa de él. Pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la muchedumbre que pidieran a Barrabás e hicieran perecer a Jesús. Tomando la palabra el procurador, les dijo ¿A quién de los dos queréis que os dé por libre? Ellos respondieron: A Barrabás. Díjoles Pilato: Entonces, ¿qué queréis que haga con Jesús, el llamado Mesías? Todos dijeron: ¡Crucifiquenle! Dijo el procurador: ¿Y qué mal ha hecho? Ellos gritaron más, diciendo: ¡Crucifiquenle! Viendo, pues, Pilato que nada conseguía, sino que el tumulto crecía cada vez más, tomó agua y se lavó las manos delante de la muchedumbre, diciendo: Yo soy inocente de esta sangre; vosotros veáis. Todo el pueblo contestó diciendo: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después, de haberle hecho azotar, se lo entregó para que le crucificaran.” (Mateo 27:15-26).
 “Desde entonces Pilato buscaba librarle; pero los judíos gritaban, diciendo: Si sueltas a ése, no eres amigo del César; todo el que se hace rey va contra el César.
 “Cuando oyó Pilato estas palabras sacó a Jesús fuera y se sentó en el tribunal, en el sitio que se llama *litóstrotos*, en hebreo *gabbata*. Era el día de la preparación de la Pascua, casi la hora sexta. Dijo a los judíos: Ahí tenéis a vuestro rey. Pero ellos gritaron: ¡Quita, quita! ¡Crucifícale! Díjoles Pilato: ¿A vuestro rey voy a crucificar? Contestaron los príncipes de los sacerdotes: Nosotros no tenemos más rey que el César. Entonces se lo entregó para que le crucificasen.

“Tomaron, pues, a Jesús, que, llevando su cruz, salió al sitio llamado el Calvario, que en hebreo se dice *Gólgota*, donde le crucificaron, y con El a otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio. [...]. Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: Cumplido es, e inclinando la cabeza, entregó el espíritu.” Juan 19:12-30). (2/406).

“Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos entrego mi espíritu; y diciendo esto, expiró.” (Lucas 23:46).

4) Por lo que se refiere al entierro y la mortaja de Jesús (en relación con el timo de la “Sábana Santa”), el tiempo que estuvo en el sepulcro, su resurrección y ascensión, con las fechas de esos acontecimientos, el lector puede ver un amplio tratado en (5/113-162, 263-296).

5) Ahora podemos fijarnos aquí en tres puntos sobre la condena de Jesús: el **juez Pilato**, los **dirigentes judíos**, y la **muchedumbre** que pidió la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús (Mateo 27:20-23).

a) El **juez** romano Pilato declara públicamente inocente a Jesús; pero, por no desagradar al César ni a los dirigentes Judíos, manda ejecutar al inocente; es decir, no dicta una sentencia a favor de la justicia, sino a favor de sus propios intereses, pues, él quería estar a bien con los dirigentes de Israel y con el emperador romano, a la sazón, el corrupto Tiberio. Esta tremenda injusticia cometida por Pilato, haciendo un juicio injusto, es decir, condenando al inocente y absolviendo al culpable, como era Barrabás, es un modelo de juez y de juicio, que como una peste ha recorrido y recorre el mundo a través de toda la historia de la humanidad, hasta que llegue el fin de “este inicuo sistema de cosas” o fin del mundo, cuando se hará un verdadero y justo juicio, el juicio de Dios; y este juicio no depende de que muchos lo nieguen para tranquilizar sus conciencias, sino que sólo depende de la voluntad de Dios, por lo que nadie puede impedirlo. El apóstol Juan ya vio anticipadamente el resultado de este juicio venidero, en el cual, el mismo Cristo será el juez:

“[...] el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar.” (Juan 5:22).

“[...] puesto que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno según lo que hubiere hecho mientras vivió en su cuerpo, sea bueno o malo.” (2 Corintios 5:10). (2/630).

Vi los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante del trono; y fueron abiertos los libros, y fue abierto otro libro, que es el libro de la vida. Fueron juzgados los muertos según sus obras, según las obras que estaban escritas en los libros. Entregó el mar los muertos que tenía en su seno, y asimismo la muerte y el hades entregaron los que tenían, y fueron juzgados cada uno según sus obras. La muerte y el hades fueron arrojados al lago de fuego; ésta es la segunda muerte, el lago de fuego, y todo el que no fue hallado escrito en el libro de la vida fue arrojado en el lago de fuego.” (Apocalipsis 20:12-15). (2/890).

“Los cobardes, los incrédulos, los abominables, los homicidas, los fornicarios, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte.” (Apocalipsis 21:8). (2/891).

b) Los **dirigentes judíos** o las autoridades de Israel en aquella ocasión, que se esforzaron en **persuadir a la muchedumbre para que pidiera la muerte de Jesús**. Esta clase de gobernantes es otra peste abominable, que siempre ha tenido (y tiene) que sufrir la humanidad, de la cual se han servido (y se sirven) siempre ellos para sus propios intereses, so pretexto de servir al pueblo.

c) La **muchedumbre** que, persuadida por sus gobernantes, pidió la muerte de Jesús; aquella muchedumbre es un buen ejemplo de lo que pueden hacer los demagogos con la muchedumbre.

*) Muchas personas de aquella muchedumbre habían recibido algún beneficio de Jesús, ellas mismas o alguno de sus familiares; por ejemplo, cuando Jesús dio de comer a 5.000 personas con ocasión de la primera multiplicación de los panes y los peces; y a 4.000 en la segunda ocasión (Mateo 14:14-21; 15:32-38). Igualmente sucedió con la cantidad de enfermos que curó Jesús por todos los lugares donde anduvo a lo largo de su ministerio (Mateo 15:29-31). No obstante, aquella muchedumbre pidió la muerte de quien tantos beneficios había recibido. Esos son los hechos.

*) Esos hechos muestran que la “muchedumbre”, llamada también “mayoría”, no piensa ni razona. Jamás una muchedumbre o mayoría de personas ha hecho un descubrimiento, un invento, etc., que haya beneficiado al común de los mortales. En general, los avances en todos los campos, de la ciencia, de la técnica, o de cualquier clase de investigación, han sido llevados a cabo por personas individuales que, mientras la mayoría dormía o se divertía, robaban horas al sueño y al descanso, y seguían trabajando en solitario y, sin fijarse en el número de horas trabajadas, continuaban con su trabajo hasta la extenuación o el agotamiento. ¡Cuántas historias podríamos contar aquí! Pero ahí tenemos la historia de Jesús de Nazaret.

*) Ahora bien, ¿qué ha hecho la multitud o la mayoría a lo largo de la historia? Ha hecho muchas cosas: tumultos, manifestaciones, revoluciones, guerras, etc. En definitiva, la mayoría siempre es susceptible de ser manipulada o persuadida por cualquier demagogo de turno, que la llevará a una manifestación o tumulto en beneficio propio sin que ella se entere ni siquiera para qué ha sido reunida. El evangelista Lucas relata un acontecimiento que ilustra esto muy bien: en la ciudad de Éfeso, estaba el templo de la diosa Artemisa, célebre en toda Asia, pues decían que su estatua había bajado del cielo. También había en esta ciudad un platero llamado Demetrio, que tenía una gran industria, que hacía miniaturas en plata del tem-

plo de esta diosa. Allí llegó el apóstol Pablo predicando contra esa especie de idolatría. Demetrio, viendo que se arruinaba su negocio, convocó a todos los que vivían de esa industria, les lanzó un discurso demagógico, con lo cual provocó un tumulto de los habitantes de toda la ciudad, que estuvieron dos horas gritando: “¡Grande es la Artemisa de los efesios!” Pero lo curioso es que “... muchos no sabían ni por qué se habían reunido.” (Hechos 19:22-40). Esto nos muestra cómo la mayoría o la multitud no piensa; y, por eso, es manipulada por los demagogos o gobernantes corruptos para que defiendan o apoye los intereses de ellos, como en el caso del tal Demetrio de Éfeso.

D) Jesús estableció la nueva alianza con su muerte.

1) Ya hemos visto la alianza que hizo Yavé con el pueblo de Israel por intermedio de Moisés. También hemos observado que Yavé, por el profeta Jeremías, anunció que haría una nueva alianza. Esa nueva alianza fue hecha por Jesús y sellada con su sangre; así lo afirmó él mismo con ocasión de su última cena en la fiesta de la Pascua:

“Mientras comían, tomó Jesús pan y, habiéndolo bendecido, lo partió y, habiéndolo dado a los discípulos, dijo: tomad, comed, eso es mi cuerpo. Y tomando una copa y, habiendo dado gracias, se la dio, diciendo: bebed de ella todos, porque eso es mi sangre de la nueva alianza que será derramada por muchos para perdón de los pecados.” (Mateo 26:26-28). (2/102). (Lucas 22:20; 1 Corintios 11:25).

*) Traducimos “eso es mi cuerpo”, a diferencia de las traducciones tradicionales, que dicen “esto es mi cuerpo”, porque así está escrito en el texto griego, lo que es totalmente correcto; pues, cuando Jesús dijo: “eso es mi cuerpo”, el pan no estaba ya en las manos de Jesús, sino que estaba en las manos de sus discípulos, tal como se ve en el relato bíblico en griego si se lee con atención; lo mismo sucede con la copa; porque, en los dos casos, se trata del pronombre demostrativo de segunda persona: “eso”; esto es así, porque, cuando Jesús pronunció esas palabras, el pan y la copa estaban más cerca de los discípulos que del propio Jesús, pues ya se los había entregado; por esto, se trata del pronombre de segunda persona, que es “eso”, en neutro.

*) Todo lo que se refiere a la fecha de la Pascua en la noche que fue detenido Jesús; y por qué celebraron los judíos la cena de la Pascua un día después que Jesús, y cuál de las dos cenas fue la legal y cuál fue la ilegal, lo que se conoce como “**el problema de las dos pascuas**”, ya está tratado amplia y concluyentemente en (5/89-107).

2) En esta nueva alianza, somos salvos por la muerte de Jesús, que murió por los pecados de todos; es decir, para salvar a todos (1 Corintios 15:3; 2 Corintios 5:15; Hebreos 2:9; 1 Juan 2:2).

3) Llegados aquí, surge una pregunta: ¿qué clase de muerte experimentó Jesús?

4) La Biblia habla de tres clases de muerte:

a) La muerte espiritual, que afecta a los incrédulos mientras están vivos (1 Timoteo 5:6).

b) La muerte que afecta a todos los humanos; ésta, en la Biblia, es considerada como “un sueño”, la cual finalizará con la resurrección (Juan 11:11-14; 1 Tesalonicenses 4 13-18; Juan 5:28-29). Esta muerte no se sufre por causa de los pecados personales, sino por causa del pecado de Adán, quien, por desobediencia, perdió la vida eterna (Génesis 3:22-24), y adquirió la mortalidad; desde entonces, la muerte que empezó con Adán, pasa a todos sus descendientes; por eso, lo mismo muere un asesino que un niño de pocos días, que no cometió ningún pecado; los dos mueren porque son mortales; pero no por sus pecados personales (Romanos 5:12).

c) La “muerte segunda”, mencionada en Apocalipsis 2:11; 20:14; 21:8. Ésta es la muerte con la que pagarán los incrédulos por sus pecados personales (2 Corintios 5:10; Romanos 6:23).

5) Vistas estas tres clases de muerte según la Biblia, es el momento de responder a la pregunta hecha más arriba (en el punto 3), afirmando que Jesús no experimentó ninguna de estas tres clases de muerte, como vamos a ver a continuación.

6) En efecto, la muerte mencionada en primer lugar (a) nada tiene que ver con Jesús.

7) La muerte aludida en segundo lugar (b) tampoco tiene que ver con Jesús, porque esa muerte afecta a todos los descendientes de Adán; pero Jesús no es un descendiente del “primer Adán”, sino que Jesús es el “último Adán” (1 Corintios 15:45-49). Esto es así porque Jesús no fue engendrado por un hombre descendiente de Adán, sino por el Espíritu Santo (Mateo 1:18; Lucas 1:26-35). Por consiguiente, Jesús estaba exento de tener que sufrir esta muerte, que es un sueño.

8) Por lo que se refiere a la muerte mencionada en tercer lugar (c) que es la paga por los pecados personales (Romanos 6:23), tampoco afectó a Jesús; porque él no cometió ningún pecado personal (Hebreos 4:15).

9) Por consiguiente, al no tener Jesús ninguna causa por la que morir, pudo morir voluntariamente para salvarnos; así lo dijo él mismo:

“Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas; [...]. Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido.” (Juan 10:11, 17-20).

10) Precisamente, Jesús se encarnó para poder morir y, por medio de su muerte, destruir al Diablo, simbolizado por el macho cabrío que moría en el desierto cargado de pecados (Hebreos 2:14).

11) Por esto, el sacrificio de Jesús en la cruz estaba simbolizado por el sacrificio del macho cabrío (del que hemos hablado más arriba), con cuya sangre se limpiaban simbólicamente los pecados del Santuario una vez cada año; mientras que, con la sangre de Cristo, se limpiaron una vez para siempre (Hebreos 9:24-26).

12) Igual que el sumo sacerdote, nada más sacrificar el macho cabrío, entraba con la sangre de éste al lugar santísimo ante la presencia de Dios, Cristo, nada más resucitar, se presentó ante su Padre en el cielo (Juan 20:17); y allí recibió el poder, etc. (Daniel 7:13-14).

13) Por esto, por una parte, Jesús, que antes de su muerte no tenía poder para hacer nada por sí mismo, según declara en Juan 5:19; 12:49-50, por otra, antes de su ascensión ya había recibido todo el poder, según dice él mismo en Mateo 28:18; por consiguiente, recibió el poder después de su muerte y antes de su ascensión; por esto, el momento de recibir el poder fue en la visita que hizo a su Padre en el día de su resurrección; y, en ese mismo día, volvió otra vez adonde estaban sus discípulos, según Juan 20:17-19.

14) Por tanto, es evidente que Jesús murió, para, con su sangre, purificar los pecados, como se purificaban simbólicamente, en el Santuario (y después en el Templo de Jerusalén), con la sangre del macho cabrío; y esa purificación la hizo Jesús en el día de su resurrección cuando se presentó ante su Padre en el cielo, como se presentaba el sumo sacerdote ante la presencia de Dios en el lugar santísimo del Santuario en cuanto realizaba el sacrificio del macho cabrío, que simbólicamente representaba al sacrificio de Cristo para purificar los pecados; por esto, el día de la ascensión de Cristo, éste **ya había hecho la purificación de los pecados** (Hebreos 1:3). Así, Cristo rescató, con su sangre, a los creyentes (1 Pedro 1:18-19).

15) Desde que Cristo hizo la purificación de los pecados, cuando un creyente se bautiza, se le perdonan y borran sus pecados (Hechos 2:38; 3:19); entonces queda justificado por la fe (Romanos 5:7-9); cada vez que peque después, si confiesa su pecado, éste también se le quita (o limpia) por la sangre de Cristo (1 Juan 1:7-9).

16) Por fin, todos los pecados que limpiaba el sumo sacerdote, con la sangre del sacrificio del macho cabrío, eran cargados sobre él mismo simbólicamente; después, poniendo las manos sobre la cabeza del macho cabrío que simbolizaba al Diablo, confesaba todos esos pecados que estaban sobre él, los cuales, simbólicamente, pasaban a ese animal, el cual, a continuación, era llevado al desierto cargado con todos los mencionados pecados, para que muriera allí; así ese macho cabrío, que era un símbolo del Diablo, era, en definitiva, el que pagaba con su vida por todos esos pecado muriendo en el desierto.

17) También, aquel sumo sacerdote simbolizaba a Cristo, quien cargó con todos los pecados purificados con su sangre (Isaías 53:6); mas, al final, recaerán sobre Satanás (a quien aquel macho cabrío simbolizaba), que será quien pagará por sus pecados y por todos los pecados que hayan sido limpiados con la sangre de Cristo a los creyentes, muriendo él en el lago de fuego, después de haber estado, durante el milenio, “atado” simbólicamente en el desierto, que será la Tierra durante ese período (Apocalipsis 20:1-15).

18) Después, Dios hará la nueva creación, que dará lugar a la Tierra nueva esperada por los primeros cristianos (Apocalipsis 21:1-7; 2 Pedro 3:13), la que también prometió Jesús (Mateo 5:5).

19) Esta es la gran salvación realizada por Jesús, la cual no debemos descuidar (Hebreos 2:3-4); porque, aunque Jesús murió para salvar a todos (en rescate por todos, 1 Timoteo 2:6; Efesios 1:17), cuando él regrese, sólo serán salvos los que le siguen (Juan 10:27-28; 1 Juan 2:25), obedecen (Hebreos 5:9), y esperan (Hebreos 9:28).

E) Sustitución de la antigua alianza por la nueva alianza.

1) El sacrificio de Cristo en la cruz puso fin a todos los sacrificios que se hacían por los pecados en la antigua alianza (Hebreos 10:1-12).

2) De la misma forma, todos los sacerdotes, que ofrecían esos sacrificios en la antigua alianza, terminaron con el sacerdocio de Cristo (Hebreos 7:14-25).

3) Igualmente, los sumos sacerdotes, que ofrecían la sangre del macho cabrío una vez al año en la antigua alianza, también finalizaron con el sumo sacerdocio de Cristo (Hebreos 7:26-28; 8:1-2; 9:11-26).

- 4) Esa nueva alianza tuvo a Jesús como mediador, y fue ratificada con su propia sangre (Mateo 26:27-28).
- 5) Esta nueva alianza, ratificada con la sangre de Jesús, sustituyó a la primera alianza, como se ve en este pasaje de Hebreos donde se citan literalmente las palabras de Jeremías 31:31-34, (Hebreos 8:1-13).
- 6) Esta nueva alianza abrió las puertas de la salvación a todos los judíos y a todos los gentiles, como lo explica Pablo en Romanos 11:25-27, donde dice:
 “25 Porque no quiero, hermanos, que ignoréis ese misterio, para que ciertamente no seáis arrogantes en vuestro pensamiento: que el endurecimiento de una parte de Israel ha acontecido hasta que entre a él la plenitud de los gentiles, 26 y así todo Israel será salvo, como está escrito:
 ‘Vendrá de Sión el Libertador, que apartará las impiedades de Jacob.
 27 Y ese es mi pacto con ellos, cuando quite sus pecados.’” (2/562). (*)
- 7) El misterio, al que Pablo se refiere es la metáfora del olivo y las ramas que acababa de explicar en el pasaje anterior, Romanos 11:16-24.
- 8) Los judíos y los gentiles que se adhirieron a esa nueva alianza, formaron el nuevo pueblo de Dios (Efesios 2:11-22; 1 Pedro 2:9-10).
- 9) Por consiguiente, el olivo de la metáfora era Israel; los judíos que aceptaron al Mesías (Jesús) eran las ramas que nunca fueron cortadas de ese olivo; y los judíos que aceptaron a Jesús más tarde, eran las ramas que después de cortadas fueron vueltas a injertar en el olivo a medida que iban creyendo en Jesús; y los gentiles creyentes estaban representados por las ramas del olivo silvestre, que fueron injertadas en el olivo natural a medida que iban aceptando a Jesús.
- 10) Por tanto, la salvación en la nueva alianza, ratificada con la sangre de Jesús, alcanza a todos los judíos y a todos los gentiles de todas las épocas; pero siempre estarán fuera de ese nuevo pueblo de Dios:
 a) Los judíos que no aceptaron entonces ni después a Jesús.
 b) Los gentiles que tampoco lo aceptaron entonces ni después.
- 11) Por eso, quien no haya aceptado a Jesús antes de su segunda venida, no tendrá salvación, según Hebreos 5:9; 9:28.

 (*) En general, las traducciones de Romanos 11:25-27 tienen un error; y algunas, dos errores:

1º) En el versículo 25, no traducen el pronombre de tercera persona ουε (= hu) (2/562). (21/48), cuyo antecedente es Israel; y la traducción es: “a él” (11/204). César Vidal es uno de los que no traducen ese pronombre (149/568). Veamos esto en la siguiente tabla:

a`xrij	ouε	to	plh½rwma	tw>n	e`qmw>n	ei`™se½lqv
Hasta que		la	plenitud	de los	gentiles	entre

2º) En el versículo 26, traducen el adverbio de modo ουπτωj (hutos), que significa: “así” (21/134), por el adverbio de tiempo: “luego”, que no está escrito en ese versículo; ese error lleva a (que, en lugar de ver el modo como será salvo todo Israel, que dice Pablo refiriéndose a Isaías 59:20 y Jeremías 31:31-34) interpretar que todo Israel será salvo “luego”; es decir, en un tiempo posterior, que todavía no ha llegado (según algunas interpretaciones, las cuales dan a entender que Jesús no puede venir ahora mismo; porque los judíos aún no se han convertido). Tampoco se dan cuenta que esas citas de Isaías y de Jeremías, usadas por Pablo, fueron escritas en los siglos VI y VII a. C., y, por eso, están en futuro; pero que se cumplieron con el sacrificio de Jesús (el Libertador anunciado por Isaías) y con la nueva alianza que Jesús hizo (anunciada por Jeremías) en esos dos pasajes citados.

F) El tiempo entre la resurrección y la ascensión.

- 1) La resurrección de Jesús, realizada por el Espíritu Santo, fue la prueba concluyente de que Jesús era el Hijo de Dios:
 “Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, pero fue muerto por la carne, mas fue vuelto a la vida por el Espíritu [...]” (1 Pedro 3:18). (2/798). (La “carne” significa los hombres que lo mataron; así se emplea aquí el término “carne”, como en 1 Pedro 1:24 y Gálatas 1:16 (11/636). Por otro lado, las palabras “carne” y “Espíritu” son las dos “dativo agente” de los dos verbos pasivos; por esto, hay que traducir “por la carne” y “por el Espíritu” (21/169).
 “[...], acerca de su Hijo, nacido de la descendencia de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios por el poder del Espíritu de Santidad desde la resurrección de los muertos, de nuestro Señor Jesucristo, [...]” (Romanos 1:3-4). (2/529).
- 2) Vemos que la vida humana fue dada a Cristo por el Espíritu Santo en el momento de su concepción, según Lucas 1:35 y Mateo 1:20; por tanto, cuando los hombres le quitaron esa vida en la cruz, el mismo Espíritu se la volvió a dar, según 1

Pedro 3:18. Por consiguiente, la resurrección de Jesús es la prueba de que él era (y es) el Hijo de Dios; y esa resurrección es el fundamento del cristianismo y de nuestra resurrección; porque así está asegurado:

“[...] el Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su poder.” (1 Corintios 6:14). (2/590).
(Véase el **Apéndice 5**).

3) Jesús, después de su resurrección, se apareció a los apóstoles durante cuarenta días:

“Y les dijo: Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos. Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, y les dijo que así estaba escrito, que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento para el perdón de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén; vosotros sois testigos de estas cosas. Y yo os envío la promesa de mi Padre; pero vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis investidos de poder de lo alto.” (Lucas 24:44-49). (2/318).

“[...] a los cuales (a los apóstoles), después de su pasión, se presentó vivo, con muchas pruebas evidentes, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Y estando reunidos les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, que de mí habéis escuchado; porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo pasados no muchos días.” (Hechos 1:3-5). (2/416).

4) Es interesante ver que Moisés, al comenzar su ministerio en la antigua alianza, estuvo cuarenta días hablando con Yavé (Éxodo 24:15-18; Deuteronomio 9:9-11); de la misma forma, los apóstoles, antes de comenzar su ministerio en la nueva alianza, también estuvieron cuarenta días hablando con el mismo Yavé (Hechos 1:3-5). (Véase más arriba, cap. I-III de esta Segunda parte).

5) Después de lo indicado en esos relatos, en el momento que iba a tener lugar la ascensión, Jesús encargó **tres cosas** a sus discípulos, como se ve en este pasaje:

[...], acercándose Jesús, les dijo: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues; enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Y yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo.” (Mateo 28:18-20).

1ª) **Cosa:** enseñar a todas las gentes, sin hacer distinción de países, ni de personas, etc.

2ª) **Cosa:** bautizar a los creyentes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

3ª) **Cosa:** Jesús les dijo claramente lo que tenían que enseñar a observar a todas las gentes por todas partes, que era exactamente “todo cuanto yo os he mandado”. Ahora bien, mientras los apóstoles insistieron durante su vida en mantener y enseñar las doctrinas cristianas, según el encargo de Jesús, otros, que vinieron después, introdujeron doctrinas falsas; volveremos sobre esto en la **Tercera parte, VI**.

6) Después de haber hecho Jesús esos encargos a sus discípulos, tuvo lugar la ascensión de Jesús al cielo; he aquí las palabras del relato de este acontecimiento:

“Los llevó cerca de Betania, y levantando sus manos, les bendijo, y mientras los bendecía se alejaba de ellos y era llevado al cielo. Ellos se postraron ante El y se volvieron a Jerusalén con gran gozo.” (Lucas 24:50-52).

“Los reunidos le preguntaban: Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel? El les dijo: No os toca a vosotros conocer los tiempos y los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder; pero recibiréis el poder del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta el extremo de la tierra. Diciendo esto, fue arrebatado a vista de ellos, y una nube le sustrajo a sus ojos. Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en El, que se iba, dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante y les dijeron: Hombres de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido arrebatado de entre vosotros al cielo, vendrá como le habéis visto ir al cielo. Entonces se volvieron del monte llamado Olivete a Jerusalén, que dista de allí el camino de un sábado.” (Hechos 1:6-12). “...camino de un sábado, como un km” (42/NT, t II, p. 16).

7) La fecha de la resurrección de Jesús (con sus pruebas históricas correspondientes) y la fecha de su ascensión están estudiadas minuciosamente en (5/143-162).